

# La Ilustración Artística

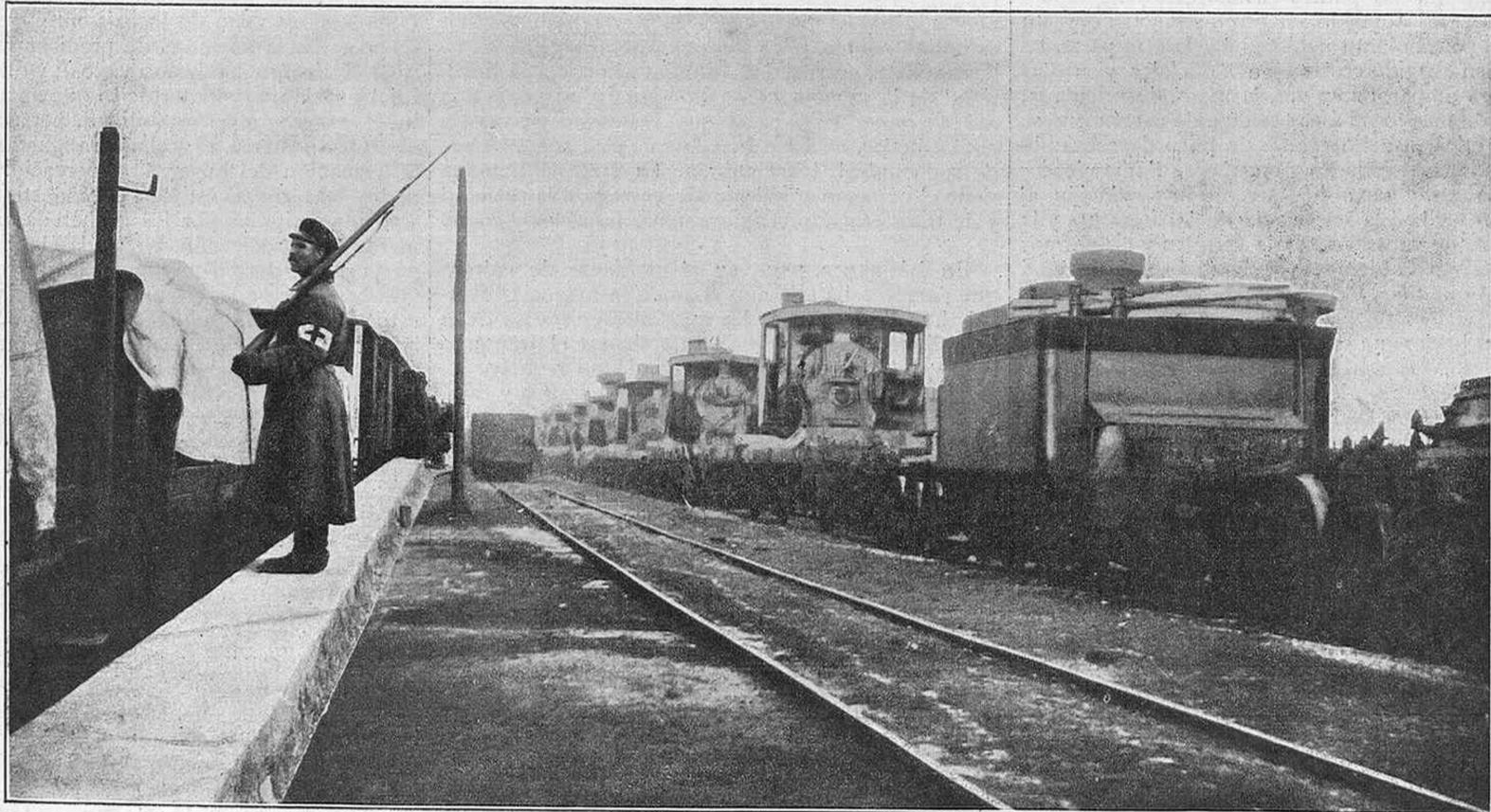
Año XXIV

← BARCELONA 27 DE MARZO DE 1905 →

Núm. 1.213



GUERRA RUSO-JAPONESA. — LA ARTILLERÍA RUSA DURANTE UNA RETIRADA. (De una fotografía). — La artillería de campaña que protege las retiradas del grueso de los ejércitos rusos, hace alto cada seis ó siete kilómetros y poniéndose en posición, hace fuego contra las avanzadas japonesas, conteniéndolas y dando con ello tiempo á sus fuerzas para ganar terreno.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — DEPÓSITO DE LOCOMOTORAS AL NORTE DE MUKDEN. (De una fotografía). — Tratándose de una guerra como la que sostienen los rusos en la Mandchuria, á 10.000 kilómetros de su patria, todo material de transporte resulta poco y es preciso tener grandes reservas del mismo. Por esto los rusos tenían en Mukden gran número de locomotoras, que, como tantos otros materiales, habrán caído en poder de los japoneses.





**Texto.**— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — «Pucheritos», por J. Menéndez Agosty. — *Pensamientos.* — *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Un divorcio*, novela ilustrada (continuación). — *El comercio de fieras*, por Haroldo Shepstone. — *Grupo de niños*, escultura de Max Blondat. — Libros recibidos.

**Grabados.**— *Guerra ruso-japonesa. La artillería rusa durante una retirada.* — *Depósito de locomotoras al Norte de Mukden.* — *La famosa pagoda de Mukden destruida por los japoneses.* — *Penalizaciones de una retirada del ejército ruso en la Mandchuria*, dibujo de H. W. Koekkoek. — *Mapa de la gran batalla de Mukden.* — *La calle principal de Mukden.* — *Evacuación de los heridos rusos hacia los hospitales de Mukden*, dibujo de Scott. — *El mariscal japonés Oyama y los generales Okú, Nogi, Kuroki y Nodzu.* — Dibujo de Camps que ilustra el artículo «Pucheritos». — *Descubrimiento del cadáver de un armenio asesinado delante de su casa.* — *Los cadáveres mutilados de los armenios asesinados por los musulmanes en una de las fábricas de petróleo.* — *El presidente Roosevelt saliendo del Capitolio de Washington.* — *El elefante más pequeño del mundo.* — *Cebros dispuestas para ser embarcadas con destino a Europa.* — *Elefantes de la India en el parque de Hamburgo.* — *Un hipopótamo recién nacido en un vapor.* — *Un animal mestizo de león y tigre.* — *Estanques y jaulas del parque de Stellingen.* — *Grupo de niños*, escultura de Max Blondat.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estamos en un momento de entusiasmo, y se suceden los homenajes y obsequios a los que dejan huella de su paso por las regiones del arte y de la poesía. Después de Echegaray, Gabriel y Galán. Como de este poeta me toca hacer el estudio y el elogio, yendo a Salamanca para tomar parte en la conmemoración que se le prepara allí, y que ha sido precedida de otras muy brillantes en Valladolid, Cáceres y Orense, hoy encarnará para mí este poeta *La vida contemporánea*, y hablaremos de él, no sin entremezclar algunas consideraciones inspiradas por este fenómeno de la efervescencia admirativa en el terreno de las letras, que suele coincidir con el de la estancación política.

Hállanse actualmente, más aún que de costumbre, aplanadas las escasas energías políticas que aquí se han ejercitado en luchas infructuosas. Los partidos, desorganizados, no dan señales de que caminen a reconstituirse, al empuje de las necesidades de la vida pública; no hay rumbo ni norte para ellos, toda vez que ni les guían los principios, ni les imponen férrea disciplina y cohesión las personas, alzándose con prestigios indiscutidos y jefaturas reconocidas por unanimidad. La única aspiración, si atendemos a síntomas claros, es la tan española a ir viviendo, tirando, a salir del día, evitando rozamientos ásperos y conflictos que no podría el maltrecho organismo resistir. En esta situación, cuanto distraiga el espíritu y lleve el pensamiento nacional hacia otra parte, ha de ser bien acogido en las esferas oficiales, y en ellas encontrará amparo; a su vez, la masa, desorientada, cansada de interrogar a esa esfinge de cartón que se llama política, anhela respirar un poco descansando de mezquinas ansiedades y engañosos llamamientos de banderines, y experimenta como una sedación, al refugiarse en la isla encantada de la literatura y la poesía, donde voces suaves la arrullan y espejismos y perspectivas noblemente seductoras le inducen a olvidar lo que tiene el porvenir de velado, cerrado y sombrío.

Hay un hecho que salta a los ojos, y es: que, entre las muchas cosas aquí plenamente fracasadas, no se cuenta la literatura. No quiero, ni es del caso, esbozar paralelos entre las literaturas extranjeras y la nacional; no he de ensartar nombres, ni recontar y equiparar famas; pero valiéndome de un resobado modismo, diré que está en la conciencia de todos que si en guerra, marina, ciencia, administración, industria, pedagogía, andamos muy distantes del núcleo civilizado de Europa, en letras no sería fácil convencernos de absoluta inferioridad, y la relativa sería discutible, mediante examen de personas y circunstancias, hoy que en todas partes se observa la disminución de grandes personalidades, que los individuos geniales parecen agotarse dondequiera.

Nadie extrañará que esta comprobación no nos sirva de consuelo, y nos dilate el alma encogida y engurruminada por tantas desventuras. Lo que puede objetarse a nuestra producción literaria, no lo ignoro; reconozco que la de otros pueblos, por ejemplo Rusia, influye de otro modo en la marcha de las ideas europeas, no tanto por la cantidad de talento ó genio que se quiera otorgar a los literatos extranjeros influyentes, con relación a los de España, sino

por razones extrínsecas, pero eficaces, y cuya fuerza no convendría que negásemos. La historia pesa sobre la literatura y sobre el arte, con grave peso; no es indiferente para un poeta nacer en tal siglo ó tal nación, y en España las heridas y enfermedades de la patria les han dolido a las letras siempre. Pero habiendo tanto que decir acerca del asunto, tengo para mí que será preferible callarse ahora.

Ello es que Castilla deplora la temprana muerte de un cantor que se dió a conocer no ha mucho, que estaba en la plenitud de la inspiración y de la vida. Este poeta, nacido en Frades de la Sierra, provincia de Salamanca, se llamaba José María Gabriel y Galán. Sin que este nombre atruene el oído con la enfática sonoridad de los grandes apellidos castellanos, me parece eufónico y de buen sonar, de neto sabor; la casualidad suele elegir muy acertadamente los nombres de los poetas y escritores, y establecer misteriosas afinidades entre ellos y la índole de la obra realizada. ¿Verdad que suena clásica y elegantemente el de *Meléndez Valdés*? ¿No insinúa mucho el de *Campoamor*? Sucinta es la biografía de Gabriel y Galán. Estudió, escribió versos, se casó, tuvo hijos, labró la tierra... Y todo esto, unido a vivo sentimiento religioso y social, fué lo que cantó su lira, lo que movió su pluma. Un sentir normal, natural, sencillito, una expresión clara, robusta, a veces incorrecta, a veces levantadísima, siempre sincera, eficaz... He aquí, en pocas palabras, al poeta y al hombre.

Sus cantos se celebraron pronto. Dicen, y no es esto lo menos interesante y simpático de lo que con el poeta se relaciona, que en la tierra donde nació y vivió dedicado a la agricultura, los campesinos, los pastores, los cabreros, los gañanes, saben de memoria y repiten versos de Gabriel y Galán, como saben y repiten trozos del Romancero. Por la triste ocasión de su impensada muerte, estas simpatías regionales se han exteriorizado y concretado, y en las páginas de las necrologías he leído que Castilla encontró su poeta en el autor del *Ama* y del *Cristu benditu*.

Esto no es enteramente exacto. Castilla es, desde siglos, un vivero de poetas. La poesía española, que fué lusitana y galiciana en el período de los trovadores, es en los siglos de oro castellana y andaluza; y Salamanca forma un nidal de escuelas poéticas y un criadero de rimadores. Los que no nacen allí, por lo menos allí se inspiran y se forman. El teatro y la poesía bucólica, allí nacen con Juan de la Encina. El misticismo platónico y su más alto representante yacen a la sombra de los árboles de un huerto próximo a Salamanca. Basta Fray Luis de León para hacer de Salamanca uno de los más devotos santuarios de las letras en tierra española. Y el renacimiento de nuestra poesía, después del sombrío reinado de Carlos II, también se localiza en el valle del Zurguén, y tiene por ninfas a sus pastoras, siquiera se realizase con aquella Arcadia lo que murmuran los poetas satíricos: que las pulidas zagalas no eran sino zafias labradoras, y los flébiles pastores groseros villanos. Esto, en realidad, ni quita ni pone a la sinceridad de la escuela, como no quitaba ni ponía a la del *Ingenioso Hidalgo* el que Dulcinea, en vez de enfiar perlas, aechase trigo, y que este trigo, en vez de ser candeal, fuese rubión. La fantasía humana tiene el hermoso privilegio de corregir a la realidad y de transformar prestigiosamente hombres y cosas.

En Salamanca, pues, en el ambiente de cultura que perseveraba allí, aun decaída la magna Universidad, se desarrollaron los apacibles episodios de la vida literaria dieciochena, que tienen el tranquilo encanto del agua corriente, cuando no revuelve légamo ni alza espuma. Los literatos de chupa y cascaca eran gentes aficionadas a unas tertulias en celdas de conventos ó en caserones mudos y solitarios, acaso en trastiendas de librerías, acaso en claustros y colegios; se reunían, se leían lo que habían escrito, se dedicaban al comercio epistolar, practicaban esa dulce comunión intelectual que hoy no asoma, porque la espanta la ferocidad de las luchas y la sorda roezón de las concupiscencias literarias. Y a fe que en esto no conocen sus intereses los escritores actuales. El asociarse no siempre es disminuirse; no siempre la colectividad resta valor al individuo. Para volar solo, grandes alas se necesitan. La segunda escuela salmantina marchó unida, compenetrada, hasta el fatal momento en que se les ocurrió dejar el pellico de pastores, el blando caramillo y la rústica avena por la trompa épica y el furor pindárico, porque les afearon sus quejas de amor y sus madrigales. De esta segunda escuela, formada por poetas de segundo orden, bien puede asegurarse que no yace en completo olvido, a pesar de las justas severidades de la crítica, merced a la cohesión; separados no representarían

nada; unidos encarnan un momento decisivo de la literatura nacional. Aquellos árcades, que aun cuando no hubiesen nacido en Salamanca figuran en la escuela salmantina—Meléndez Valdés, fray Diego González, D. José Iglesias de la Casa, Quintana, Cالدسو, Gallego, Cienfuegos (habría que consagrar párrafo aparte a Quintana, que tiene su altura propia),—no dijeron nada nuevo, aunque lo dijeron en escogida forma y afiligranado estilo; y si perdura su recuerdo, y si constituyen parte integrante de nuestra evolución lírica (que sin ellos no se comprendería, siendo preciso abrir ancho foso desde Garcilaso y fray Luis hasta el momento presente), lo deben a ese instinto de disciplina y solidaridad que, sin darse ellos mismos cuenta, los hermanó y los afilió bajo una enseña y una ley, y les impuso los motes rococó de Jovino, Batilo, Delio, y les dictó las mismas que-rellas dirigidas a las Filis, Mirtas y Belisas que bañan sus blancos pies, imaginariamente, en el Tormes.

La impresión que produce la poesía de Gabriel y Galán es opuesta a la que causan estos bucólicos y pastoriles rimadores, que me figuro semejantes a Buffon, el cual, como es sabido, para escribir sus magníficas descripciones de fieras y alimañas, tenía que ponerse los vuelillos de fino encaje, y ver salir de ellos la pulcra mano limpia, de bien tajadas uñas. Gabriel y Galán, cuando escribe, acaso conserva en la diestra, atezada por el sol y la intemperie, tierra de la que remueve el arado y rústicas florecillas. No sé expresar de otra manera esa fuerte y sana impresión de realidad que se alza de su poesía.

En nuestro tiempo la vida se ha complicado; por consecuencia ineludible se ha complicado el espíritu. Hay fiebre en el aire que se respira; hay inquietud dolorosa en el devaneo de los afanes y las aspiraciones. Esto tiene su reflejo—¿cómo podría ser de otra manera?—en la poesía. Y así como es provechoso y reposante para el alma y el cuerpo el recogimiento a la existencia tranquila y normal de la aldea después de una temporada urbana agitada y desgastadora, la poesía de Galán, en su sencillez, en la reducida escala de sus temas, en la clara y concreta expresión de sus ideales, es un descanso y un tónico. Su mérito es acaso la sanidad que comunica. No hay nada en ella que nos indisponga, ni con lo que nos rodea, ni con nosotros mismos. En este sentido, puede asegurarse que Gabriel y Galán es poeta social, de concordia, paz y reconstitución por la aceptación del deber y la consagración al trabajo.

Yo oigo repetir sin tregua que la poesía y el arte deben ser sociales en la hora crítica que marca el reloj. No me adhiero a este dictamen, porque creo, y creeré hasta mi última hora, que la poesía y el arte deben ser lo que el individuo siente hondamente y es capaz de expresar bien, y que someter a la obligación de utilidad pública al artista, es humillante y minorativo. Pero también me da en qué cavilar que el arte pueda ser social de dos modos: uno, el de Quintana, enemigo de lo existente, que no cesa de empujar hacia adelante, de predicar nuevos ideales (que el tiempo ha hecho viejos); y otro, el de Gabriel y Galán, aceptador de lo que encuentra constituido, consejero de estabilidad, persuadido de que el propio esfuerzo, el trabajo resignado y constante, la formación del hogar, la procreación, el amor de padre, las ternuras íntimas, la modestia cristiana y la simpatía caritativa por los desheredados, son fundamento de la redención. Sin duda Gabriel y Galán es poeta social; pero lo es por un estilo contrario al de Quintana. Acaso las circunstancias sociales toman en esto parte activa. Quintana vino cuando las esperanzas tumultuosas de una época innovadora sonreían a la generación que se alzaba entre el estruendo de las armas y el hervidero de las revoluciones; y Gabriel y Galán llega cuando las generaciones, desalentadas ó escépticas, son como el hijo pródigo que quiere volver a sus lares, reconstruir la tradición, escuchar las tonadas que arrullaron su cuna, y serenamente cultivar su jardín, no sólo el jardín de tierra, el jardín del corazón, las creencias y sentimientos sobre los cuales en mal hora habían crecido zarzas y ortigas, pero que allí esperaban el riego nuevo y los antiguos rocíos.

Gabriel y Galán, rápidamente unguado, estaba en el cenit de su carrera. Yo nunca sé tampoco si debemos quejarnos de que un poeta no llegue a la ancianidad. A pesar del ejemplo de Anacreonte, para los poetas viene como anillo al dedo aquella tesis de la relación entre el amor de los dioses a un mortal y su pronta desaparición de este mundo. Gabriel y Galán podría producir más, pero en lo que produjo está la esencia de su sentir. Y es el elogio más alto que puede tributársele.

EMILIA PARDO BAZÁN.



falta de ellos, con lo que se quiere decir que la camisera era en su clase social una especie de princesa rusa digna de envidia.

Jamás alma ninguna vivió en más apacible serenidad. No es que fuera indiferente, ni estoica, ni que su corazón estuviese blindado por esa frialdad afectiva que domina á muchas mujeres y las hace inaccesibles al influjo y acometida de las pasiones; era que la inocencia reinaba en ella muy bien avenida con la discreción, con la bondad y con la modestia, y todas juntas le sugerían la idea de que no debía ambicionar más de lo que poseía ni esperar otras venturas que aquellas que su posición le fuese proporcionando sin violencias ni faltas de cordura. ¿Quién sabe si la buena de *Pucheritos* había conseguido realizar el ideal de la felicidad humana sobre la tierra!

ron sino de combustible para diez ó doce bacanales de mediana estofa en los gabinetes de Fornos; y cuando el producto de los tales negocios se acabó, que fué muy pronto, hubo necesidad de inventar nuevas combinaciones, todas ellas poco avenidas con la probidad y desde luego enemistadas con la ley.

De los enredos de alto bordo pasó Ubaldito á las embarcaciones menores del engaño y la estafa, y aunque su porte aristocrático y la elegancia de su ropa le ayudaron muchas veces á hurtar el cuerpo á los sabuesos policíacos, otras en cambio no le sirvieron de cosa alguna, y aristócrata y elegante, fué á dormir á la sombra durante un par de meses.

El vino y las mujeres también hicieron mucho por esta ruina moral que amenazaba dar en tierra muy en breve con toda la persona de Ubaldito. La frescura de su rostro, la lozanía de su cuerpo, firme y arrogante, y la soltura de sus ademanes, propios del hombre que se educó á la vista de todas las etiquetas de la alta sociedad, habían desaparecido por completo. Sus ojos estaban siempre circundados de un nimbo violáceo, su espalda se doblaba, indudablemente más al peso de las suciedades que de los años, y sus palabras eran groseras, hediendo á mancebía y á garito.

Un día acertó á enamorar á una pobre muchacha de procedencia tenderil, quiero decir hija de tenderos, un tanto vulgar y pobre de educación, pero rica, y más que rica, buena y cariñosa; y como el enamoramiento de la niña fué hábilmente combinado con la conquista de la voluntad de padres, tíos y demás parientes, á los tres meses y ocho días de amorosas relaciones consiguió Ubaldito verse en posesión legítima de la tiendecita. Y es fama que tan feliz estuvo en su papel de esposo tierno y amantísimo, que no hubo asistente á la boda que no pronosticase al nuevo matrimonio una perenne ventura y aun varios hijos para mayor abundamiento venturoso.

Pero ocurrió todo lo contrario; bien es verdad que esto es lo que debió esperarse de tan cochino sujeto. Ubaldito se dedicó á gastar alegremente los cuartos de su mujer, y luego que los hubo gastado, entregóse al dulce *sport* de maltratarla de palabra y obra, refregándola por la cara sus amores livianos, exigiéndola á diario dinero y más dinero que Gloria tenía que pedir á sus padres inventando toda clase de pretextos pudorosos, y apaleándola, por último, cuando el mal humor, el vino y la bolsa vacía ponían en ebullición sus malas pasiones.

El Señor se apiadó de aquella criatura sin hiel, y á los dos años de matrimonio, que mejor debiera calificarse de cruel y forzada coyunda, quedó viudo el caballero Roger de Goitia. La muerta encontraba su recompensa al dejar este mundo; el vivo bien podía hallar su regeneración al quedarse en él.

III

Corriendo de aquí para allá con esa movilidad obligada de los que no pueden vivir tranquilos en su sitio, fué á dar Ubaldo con sus molidos huesos en la propia casa donde *Pucheritos* moraba, cabalmente pared por medio del nido camiseril. Al principio no se fijó la niña en el caballero, ni le concedió otros honores que los de una cortés vecindad; mas luego le fué entrando comezón por saber quién sería aquel mozo tan bien portado, tras de cuya persona quedaba siempre en la escalera un deleitoso perfume; y

I

—Sí, señor, *Pucheritos*... Mi verdadero nombre es Asunción, pero nunca me llamaron más que *Pucheritos* y por *Pucheritos* respondí á todo el mundo. Creo que fué á mi madre á quien se le ocurrió el apodo viendo que la cosa más insignificante me hacía torcer el gesto y ponerme á llorar. De lo que sí me acuerdo mucho es de que era muy sensible. La muerte de un pájaro me costaba un día de calentura, y así me moliesen los huesos á estacazos no me hacían quitar la vida á ningún animal. Por mí, no había cuidado de que se perdiese la raza. ¡Pobres bichos! Después de todo, nadie tiene derecho á matar á nadie.

—A los conejos, sí.

—No, señor; ni á los conejos, ni á las palomas, ni á las hormigas... Le digo á usted que no... O por lo menos que no esperen que yo se lo conceda.

—¿Y qué comeremos?

—Coles, que son muy sanas.

Y así tenemos entendido que siguió hasta su fin este diálogo, al parecer sin importancia alguna, pero en realidad muy á propósito para dar á conocer el carácter y demás intimidades psicológicas de la citada *Pucheritos*; que no suele servir de nada el conocimiento físico de las personas si no le acompaña el espiritual, más completo y casi siempre de más valor que el primero. Quedamos, pues, en que *Pucheritos* era un alma sensible, incapaz de espantar á un mosquito, por miedo á interrumpirle la digestión, y naturalmente dispuesta á la bondad y á la indulgencia. En cuanto á su físico, no hubiera podido servir de modelo á Fidias, mas tampoco era antipático ni dejaba de poseer sus encantos, todos ellos menudos y suaves, como si la delicadeza y dulzura de su alma trascendiesen al cuerpo, ejerciendo sobre él notoria influencia.

*Pucheritos* vivía de un oficio humilde, heredado de su madre, antigua oficiala de una camisería de la calle del Arenal, y como era parca en sus necesidades y nunca la tentó el genio endemoniado de la coquetería, más bien andaba sobrada de recursos que

II

El que con *Pucheritos* hablaba era un caballero como de treinta años de edad, alto, elegante, con un vago sello de nobleza en todos sus ademanes y una fugitiva sonrisa de buen tono en la boca. Tenía el rostro demacrado, seco, con hondas arrugas y un dejo de cansancio, de hastío, que le obligaba á cerrar de rato en rato los ojos y á quedarse con la mano puesta sobre ellos.

Este señor se llamaba D. Ubaldo Roger de Goitia y era hijo de un marqués que se arruinó en la última guerra carlista y de una dama hermosísima, íntima amiga de la de Montijo y tan desgraciada como ella. Dícese que el marqués y doña Laura se casaron por conveniencias económicas y de abolengo; pero es el caso que la marquesa no dió nunca el menor motivo para que se murmurase de aquel matrimonio, que parecía en verdad concertado por un amor profundo, y que al morir su esposo se la vió derramar abundantes y sinceras lágrimas.

Ubaldito quedó huérfano á los diez y ocho años y en manos de un tutor que tanto se cuidaba de la tutoría como de estudiar el paralaje de las estrellas. Para D. Abundio de las Casillas, funcionario público jubilado, la única cosa de este mundo digna de verdadera consideración y hondo respeto era el ajedrez, nobilísimo juego al que dedicaba diez ó doce horas diarias, teniendo como contrincante á un veterano de la guerra de Africa, manco y cojo. La tutoría no le inspiraba la menor atención, y entre esta indiferencia y las buenas mañas que el niño de Goitia se daba para gastar el dinero, la escasa renta que heredara de sus padres pasó rápidamente á la historia sin dejar de su paso por la vida otras huellas que las de una crápula desenfrenada.

Un amigo de la clase de vividores sin pizca de aprensión inició á Ubaldito en cierta clase de negocios de probada y manifiesta suciedad, y si bien algunos de ellos le proporcionaron medios que en otras manos hubieran podido constituir la base de una regeneración económica, en las suyas no sirvie-

observándole discretamente, no tardó en advertir que aquel señor paraba muy poco en su casa, que salía á distinta hora cada día y que regresaba al amanecer ó ya entrada la mañana, detalles que hubieran sido sospechosos para cualquier otro mortal más avisado. También notó que algunas veces tenía el rostro de Ubaldo una palidez lívida y un gesto de honda preocupación, mientras los ojos le brillaban con calenturientos fulgores; pero la inocencia de *Pucheritos* hallaba justificación honesta para todas estas circunstancias y no vacilaba en atribuir las al trabajo rudo y casi bárbaro á que debía verse sujeto de por vida el pobre señor. Cuando se acostaba tarde era señal de que había velado en el taller ú oficina donde ganaba el pan; cuando se levantaba á las tres ó cuatro horas de haberse acostado, prueba era de que el trabajo urgía; si estaba dos días sin asomar por su domicilio, indudablemente se lo había impedido la obligación tirana... Ello era que la dulcísima camisera no hallaba ningún motivo de censura en la misteriosa y laberíntica existencia de su vecino.

Una tarde oyó que la saludaban desde la ventana inmediata á la de su alcoba. Volvió la cabeza y se repitió el llamamiento.

—¿No quiere usted contestarme, vecinita?, preguntó una voz masculina con afable entonación.

—Sí, señor, ¿por qué no?.. Muy buenas tardes... Estaba tan distraída, que no le había oído bien.

Al llegar á este punto es preciso llamar la atención del lector paciente acerca de un suceso trascendental al que los supradichos saludos sirvieron de antesala; y fué el suceso que *Pucheritos* y Ubaldo acabaron por hacerse amigos, con una amistad fraternal y limpia en la que no era posible encontrar ningún sedimento de malicia.

¿Qué encantos podía encontrar aquel hombre en la conversación plácidamente insubstantial de la camisera? ¿Cómo sus inquietudes de hombre sin oficio y su cinismo de libertino sin conciencia se avenían con la pureza y candor de *Pucheritos*, que no sabía por dónde empezar una conversación? ¿Qué misteriosa fibra sensible de Ubaldo habían hecho vibrar las ingenuidades de la camisera? Nada se sabe de esto. Ello es que conversaban frecuentemente de ventana á ventana, el aristócrata correcto y fino, la niña inocente y bondadosa; ni en el uno se advertía algo de galantería de bodegón, ni en la otra se notaba rigidez de pudor y honestidad mal entendidos. Se hablaban lealmente, sin reticencias malévolas por parte de Ubaldo, ni celos de hembra que teme y desea á la par por parte de la camisera. Indudablemente, lo más limpio de la vida del aristócrata y lo más candoroso de la de *Pucheritos* eran aquellos paliques vespertinos, cuando los últimos rayos del sol rastreaban tejado arriba y se despedían definitivamente en la punta del pararrayos.

Ubaldo se decidió una vez á decir quién era. ¡Santo Dios! ¡Un hijo de marqueses! Y *Pucheritos* que... ¡Imposible de todo punto! Una nube pálida blanqueó las mejillas de la damita, que hubo de agarrarse al marco de la ventana para no caer desvanecida al suelo. Ella que se había hecho la ilusión... ¡Qué horribles sorpresas reserva la realidad!.. Bueno, ¿y cómo había descendido tanto aquel buen hombre? ¿Qué catástrofes le llevaron á tan mezquino alojamiento? Ubaldo no quiso decir más, y las miradas escrutadoras de *Pucheritos* pasaron y volvieron á pasar en vano sobre aquella boca cerrada bruscamente á la sinceridad y quién sabe si á una salvadora confesión.

#### IV

El aristócrata cayó gravemente enfermo. Cierta mañana, cuando *Pucheritos* se disponía á salir en

busca del almuerzo, oyó en la ventana su voz, una voz opaca y fatigosa, que decía:

—*Pucheritos*, hágame el favor de venir... Estoy malo.

La niña se quedó un momento perpleja y como asustada; pero la conciencia le aconsejó una resolución caritativa, y ya sin vacilar pasó á la habitación del vecino.

—Sí, hija mía, estoy malo... No sé, no sé... En fin, por sí ó por no necesito que me cuiden... No quisie-

Todo un día y gran parte de la noche que le siguió estuvo meditando acerca de este descubrimiento. Nuevas y agradables sensaciones estremecíanle de rato en rato; por su cerebro pasaba una brisa refrescante, tónica, que le hacía cerrar los ojos como invitándole á un sueño reparador; la imaginación le fingía visiones risueñas con claridades de aurora primaveral... Al fin no pudo contenerse y llamó á *Pucheritos*.

—Venga usted, tengo que decirle una cosa. Esta solicitud con que usted me cuida huele á no sé qué hierba perfumada... Me refiero á una de las buenas hierbas de la vida, al amor...

*Pucheritos* se puso encarnada. Entonces el enfermo le cogió las manos.

—Acerté, ¿verdad?.. ¡Ay! Gracias á Dios que siento dentro de mí la verdadera alegría, lozana y fresca... Pero no debe usted amarme, *Pucheritos*, porque ¡si usted supiera!.. ¡Ea, súpalo!

Y en aquel instante, al borde mismo del lecho, con las manos de *Pucheritos* prisioneras entre las de Ubaldo, fué vaciado el consabido saco de las porquerías y quedó el hombre limpio; digo, limpio: resucitado.

*Pucheritos* lloraba.

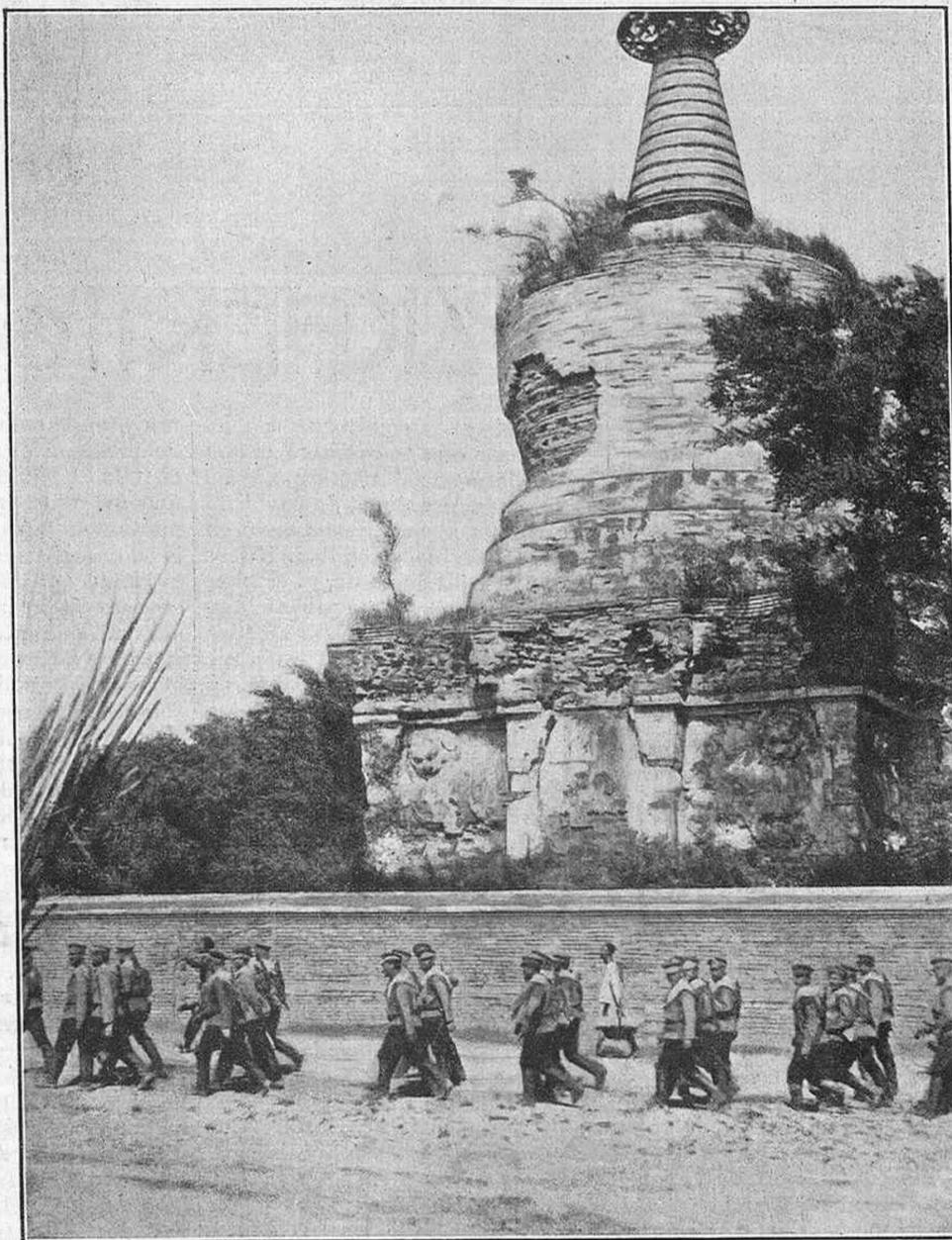
—¿Y no cree usted que se puede arreglar todo eso?, le preguntó dirigiéndole al través de las lágrimas una mirada deslumbradora.

—Sí, sí que se puede arreglar, ¡ya lo creo! ¿Sabe usted cómo? Casándonos y yéndonos á vivir muy lejos, adonde no vea á mi lado más que esas manos benditas afanadas siempre al hilo y á la aguja, gloriosos símbolos de paz y contento. ¡Ay, *Pucheritos*! ¡Dios le pague el favor que me ha hecho! A su amor me acojo; con él quiero lavarme de mis culpas. Seré bueno, se lo juro... ¿Aquí no hay santos ni crucifijos?.. ¡Ah! Sí, se lo juraré por Dios ante su obra...

Y extendió su diestra hacia el sol, que en aquel momento empezaba á iluminar la ventana. Uno de sus rayos llegó hasta la alcoba y obligó á *Pucheritos* y á su galán á parpadear deslumbrados; cosa natural. ¡Habían pasado tan bruscamente de la sombra á la luz!..

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Dibujo de Camps.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. — La famosa pagoda de Mukden destruída por el bombardeo de los japoneses (De fotografía.)

ra morir como una mala bestia... ¡Si supiera usted qué noche he pasado!.. Mi madre, sobre todo mi madre... Parece que tengo su imagen incrustada en el cerebro... La veo siempre, con los ojos abiertos, con los ojos cerrados... Bueno, me hará usted el favor de avisar al médico. Tome esta tarjeta.

*Pucheritos* asintió á todo con un cariñoso movimiento de cabeza; fué á buscar al médico; volvió á salir para comprar la medicina recetada; regresó con ella y se instaló en la habitación del enfermo, diligente y piadosa, acechando en la sombra del dormitorio la aparición de la muerte para reñir con ella descomunal batalla. ¡Oh, no se llevaría fácilmente á su pobre aristócrata! Y he aquí de qué fácil manera veló la inocencia el sueño febril de aquel saco de maldades.

Lo veló durante una porción de días, algunos de ellos con sus noches correspondientes, pues la enfermedad tuvo épocas de tan grave peligro, que fué preciso situarse junto á la misma cama del paciente y defenderlo á fuerza de solicitud, de celo y ¿por qué no decirlo?, de amor. Como de los ojos de Ubaldo á los de *Pucheritos* parecía haberse establecido una especie de telegrafía adivinatoria, el aristócrata empezó á ver en aquella diligencia nunca vacilante algo más que el interés de una vecina compasiva. *Pucheritos* estaba enamorada de él; mas ¿cómo corresponderla?

¿Qué sana ternura podía ofrecer á la camiserita aquel corazón inútil? No ya la salud del alma, ni aun la del cuerpo podía servir de elemento de felicidad á tan relajado individuo.

#### PENSAMIENTOS

En general, el primer uso que se hace de la libertad reconquistada es privar de ella á los demás.

GASTÓN BOISSIER.

Los habladores son unos pródigos: hablar es arrojar el ingenio por la ventana.

MME. ACKERMANN.

Si leo un libro de medicina, encuentro en mí todas las enfermedades que aquél diagnostica; si estudio un moralista, busco en mí prójimo todos los defectos por aquél descritos.

— Si queréis conocer á fondo el carácter de un hombre, haced algún viaje con él.

— A juzgar por el temor que la muerte inspira á la mayoría de los hombres, diríase que su vida ha sido muy feliz.

— La razón me hace despreciar la muerte para mí mismo; el corazón me hace temerla para los demás.

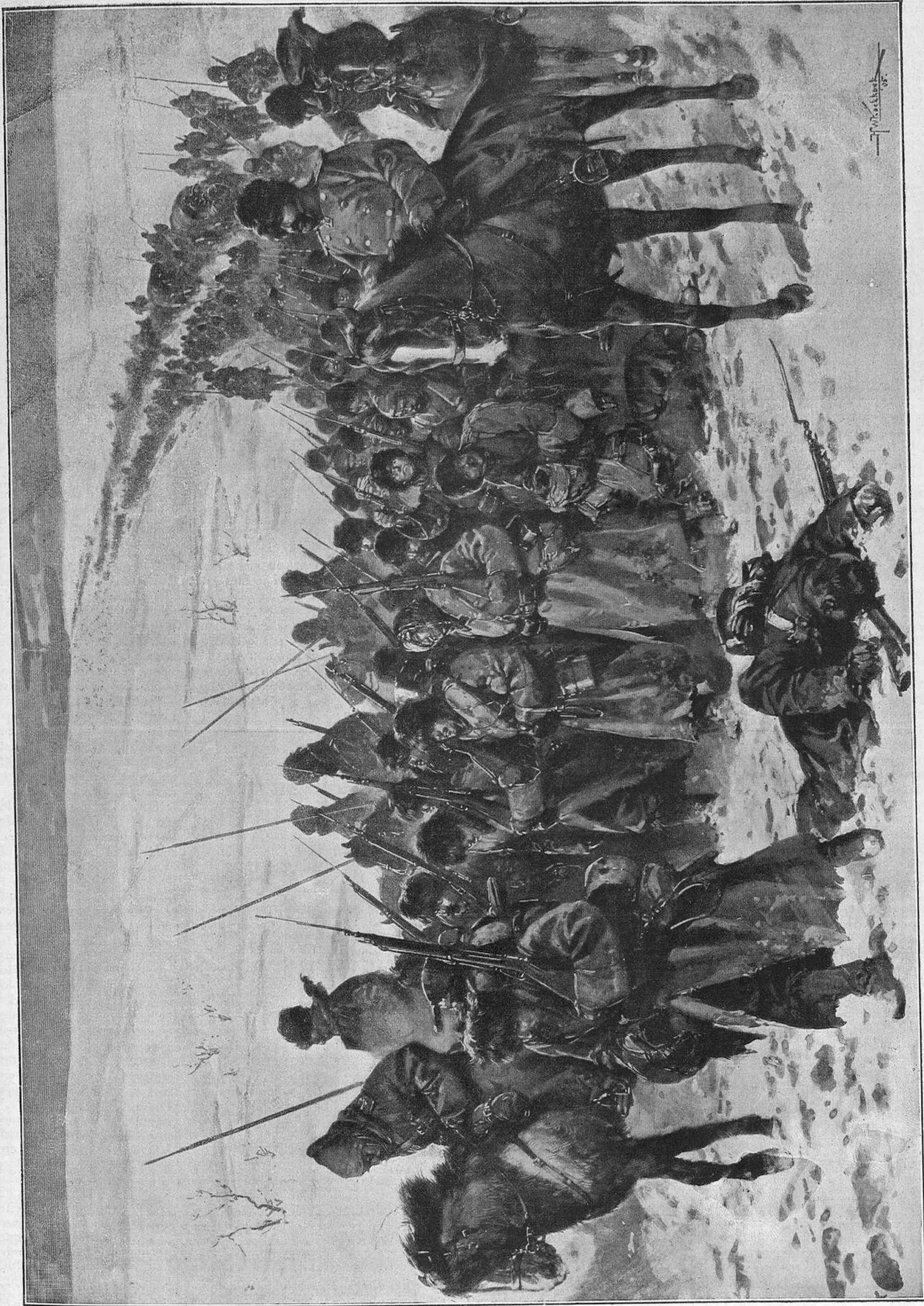
— Azote de Dios ó ley de la naturaleza, la guerra es y sigue siendo la «dominante» ó el leitmotiv de la armonía universal.

— En la carrera universal para la conquista del uniforme, muchos se quedan detenidos en la conquista de la librea.

G. M. VALTOUR.

El valor es al heroísmo lo que el talento al genio.

VICTOR DURUY.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Penalizaciones de una retirada del ejército ruso en la Mandchuria.

Dibujo de H. W. Koekkoek, sobre un croquis del natural de Julio M. Price, corresponsal artístico de «The Illustrated London News» en el ejército del general Kuropatkine.

Este grabado representa una de las retiradas de los rusos durante las primeras operaciones en el Cha-Ho; pero permite formarse idea de las penalidades que en mucho mayor grado habrán debido sufrir las extenuadas fuerzas de Kuropatkine en su última retirada de Mukden. Perseguidos por los japoneses, en peligro de verse envueltos, atacados por el fuego de artillería y con granadas de mano, avanzaron con grandes dificultades hacia el Norte, sufriendo pérdidas terribles, que lo eran aun más por añadirse á las numerosas sufridas durante diez días de sangrientos combates.



Descubrimiento del cadáver de un armenio asesinado delante de su casa



Los cadáveres mutilados de los armenios asesinados por los musulmanes en una de las fábricas de petróleo

LOS DISTURBIOS INTERIORES EN RUSIA. — SANGRIENTOS CONFLICTOS ENTRE TÁRTAROS Y ARMENIOS EN BAKÚ. (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

La situación por que Rusia está atravesando no puede ser más difícil: cual si no bastaran para preocupar al gobierno y al pueblo entero los sucesos de la guerra actual con el Japón, han venido á colmar su cáliz de amargura los sangrientos disturbios ocurridos en la capital y en otras muchas ciudades del Imperio. Entre los más grandes figuran las colisiones entre cristianos y musulmanes en Bakú (Caucasia): el hallazgo del cadáver de un armenio asesinado á la puerta de su casa por un musulmán fué causa de la lucha de la que resultaron 1.500 heridos y 640 muertos, de éstos 340 armenios, 260 tártaros y 40 rusos, georgianos, polacos ó judíos.

#### CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Prosigue el movimiento de retirada del ejército ruso que comenzó después de la batalla de Mukden; y aunque es innegable que el ejército moscovita ha sufrido una tremenda derrota, de la que tardará mucho tiempo en rehacerse, preciso es hacer constar que esta derrota no ha revestido los caracteres de un desastre, como habían hecho temer las primeras noticias (sobre todo las de procedencia inglesa), sino que, por el contrario, la retirada se efectúa en el mayor orden, habiéndose podido reorganizar rápidamente los restos de las unidades que tan malparadas quedaron á raíz de aquella sangrienta y prolongada acción. Por consiguiente, el mariscal Oyama, que ha conseguido indudablemente un nuevo y brillante triunfo, no ha logrado el objeto que se proponía, es decir, la destrucción total del enemigo, y su victoria de Mukden, con ser muy importante, dista mucho de ser decisiva.

Y esto se debe á que si bien Kuropatkin cometió durante aquella batalla, para él funesta, muchísimas faltas, dió pruebas de una serenidad y energía admirables en el momento en que todo parecía perdido; pudiendo, gracias á ello, salvar la mayor parte de su ejército. Al llegar á la llanura que se extiende al Sur de Tieling, todas las unidades, como acabamos de decir, se hallaban en confusión espantosa, y si en aquel instante los japoneses hubiesen atacado á aquellas tropas, las consecuencias del ataque habrían podido ser desastrosas para éstas. Mas no fué así; los vencedores, rendidos también por tantos esfuerzos, tardaron tres días en salvar los 25 kilómetros que separan el río Pu-Ho del Fan-Ho, y cuando llegaron á éste encontraron los cuerpos rusos completamente reorganizados y regularmente distribuidos en sus posiciones.

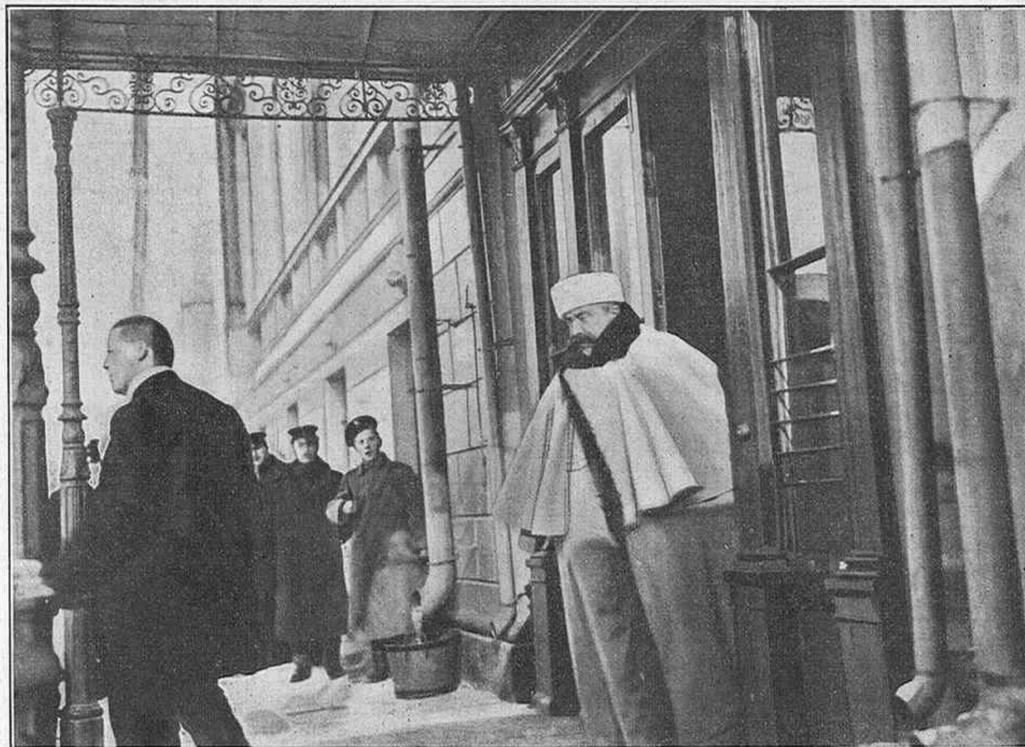
Estas fueron atacadas por los japoneses el día 14, siendo rechazados con grandes pérdidas; pero este combate, de gran interés desde el punto de vista mo-

ral, pues demostraba que el ejército de Kuropatkin se hallaba, á pesar de cuanto se había dicho en contrario, en condiciones de hacer frente al enemigo, no podía influir gran cosa en la marcha general de las operaciones, pues á los japoneses, rechazados de frente, quedábales el recurso de extenderse por las dos alas, pasando el río aguas arriba y aguas abajo; y este movimiento había de determinar necesariamente la retirada del 4.º cuerpo siberiano, que era el que había sostenido aquel combate, protegiendo,

mente su retirada hacia el Norte, y el 17 se encontraban á 50 kilómetros de Tieling. El centro japonés, en esa misma fecha, aparecía en Kao-Tai-Tsé (20 kilómetros al Norte de Tieling), la derecha entraba en el valle del Tsing-Ho (30 kilómetros al Norte de dicha población) y la izquierda ocupaba Fakumen (40 kilómetros al Noroeste de la citada localidad).

La retirada de los unos y el avance de los otros continuó sin incidente notable el 18 y el 19. Los rusos, según parece, no se proponen disputar formalmente el terreno á los japoneses, sino únicamente contener su marcha, y con este objeto hacen volar los puentes, estropean las carreteras y destruyen el ferrocarril.

Hemos hablado al principio de las faltas cometidas por el general Kuropatkin durante la batalla de Mukden; en efecto, los últimos informes llegados del teatro de la guerra confirman que se dejó engañar por la maniobra del mariscal Oyama, negándose á dar crédito á las noticias que le comunicaba su caballería acerca de los progresos que realizaban los japoneses en el ala derecha. No vió, por consiguiente, el peligro que por aquel lado le amenazaba, y en vez de contestar con una vigorosa contraofensiva al movimiento envolvente del ala izquierda japonesa, iniciado ya el día 1.º, permaneció hasta el 5 en una inmovilidad absoluta; y cuando, al fin, se dió cuenta entonces de la verdadera situación, tenía sus reservas diseminadas en una extensión de



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El general Stoessel en San Peteresburgo saliendo del ministerio de la Guerra.

en su calidad de cuerpo de retaguardia, la retirada del grueso del ejército ruso.

Y en efecto, los japoneses fueron rechazando poco á poco á los rusos hacia el Norte, y en la madrugada del 16 entraron en Tieling, que aquellos abandonaron sin oponer resistencia, encontrando allí grandes cantidades de víveres que el enemigo no había tenido tiempo de llevarse ó de destruir.

El 16, el centro japonés sostuvo algunos encuentros contra las retaguardias rusas al Norte de Tieling, en la orilla derecha del río Liao-Ho; pero en el entretanto los tres ejércitos rusos proseguían ordenada-

más de 50 kilómetros, en tanto que todo el ejército de Nogi se hallaba ya á pocos kilómetros al Noroeste de Mukden. Mas no fué este el solo error en que incurrió durante aquella jornada: si en aquel momento hubiese replegado en el Khun-Ho todas las fuerzas que tenía en el Cha-Ho, quizás habría podido contener á los japoneses por aquella parte, ó cuando menos habría podido retirarse en buen orden; pero en vez de obrar así, persistió en su pasividad y no comenzó á hacer retirar su centro y su izquierda hasta la noche del 7 al 8, es decir, cuando era ya demasiado tarde y cuando Oyama había tenido tiem-

El mariscal Oyama y los generales á sus órdenes que mandaban en la batalla de Mukden los cuatro ejércitos japoneses



EL GENERAL OKÚ

EL GENERAL NOGI

EL MARISCAL OYAMA

EL GENERAL KUROKI

EL GENERAL NODZÚ

po para reforzar, aprovechándose de la inercia del adversario, el ejército de Nogi con el de Okú.

A consecuencia de todas estas lamentables jornadas, el general Kuropatkin ha sido relevado del mando en jefe, nombrándose en reemplazo suyo al general Linievitch, que hasta ahora había estado al frente del 1.º ejército. El nuevo generalísimo es muy popular entre el ejército ruso y conoce perfectamente el teatro de la guerra. Posee en alto grado, según dicen los que lo conocen, el espíritu de ofensiva, de que carece Kuropatkin, y en la última batalla ha desplegado grandes cualidades, resistiendo durante diez días victoriosamente todos los ataques del ala derecha japonesa; y cuando á consecuencia de los

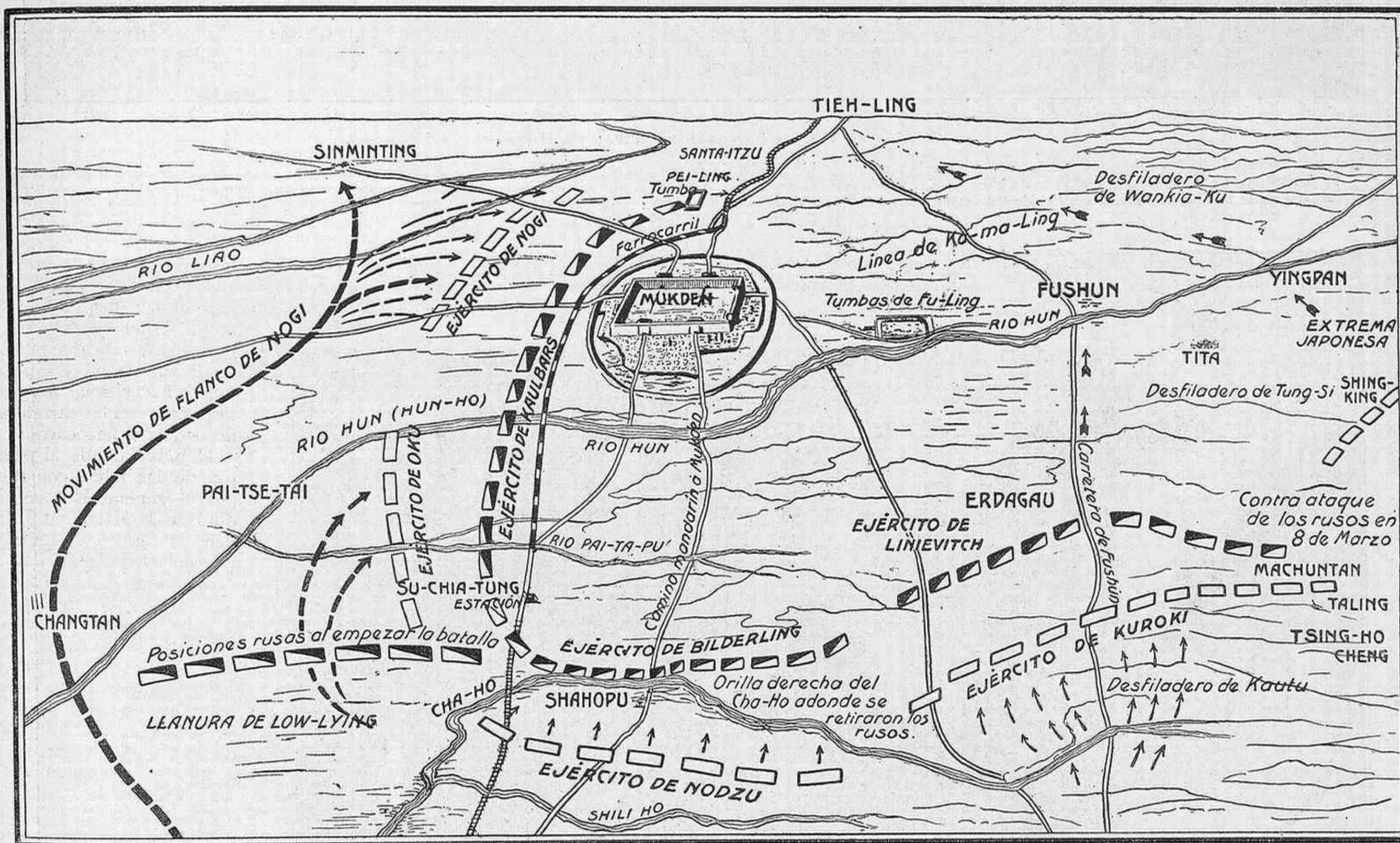
que le permitiera continuar en el Extremo Oriente tomando parte en las operaciones. El tsar ha accedido á su petición nombrándole jefe del 1.º ejército, el que mandaba su sucesor en el alto mando, y Kuropatkin, que ya se había puesto en camino para Rusia, interrumpió su viaje, al recibir la noticia, y regresó inmediatamente al teatro de la guerra para tomar posesión del nuevo cargo que le ha sido confiado.

El nombramiento de Linievitch no parece, sin embargo, definitivo; se dice que cuando estén formados los 4.º y 5.º ejércitos que ahora van á crearse en Rusia, será nombrado general en jefe el gran duque Nicolás-Nicolaievitch, tío del tsar. El presunto can-

aceptar un puesto cuyas dificultades y responsabilidades conoce mejor que nadie; pero obedecerá al tsar, si éste le ordena que vaya al Extremo Oriente para rehabilitar el honor militar de Rusia, tan seriamente comprometido.

El Mikado ha dirigido á sus tropas en la Manchuria el siguiente mensaje:

«Desde el otoño, el enemigo había construido fuertes defensas en Mukden y había ocupado el distrito con numerosas fuerzas; pero nuestros ejércitos, confiando en la victoria y anticipándose al enemigo, han tomado valientemente la ofensiva, y después de encarnizados combates de más de diez días y diez noches, á pesar de la nieve y del viento glacial, han



GUERRA RUSO-JAPONESA. - MAPA Á VISTA DE PÁJARO DE LA GRAN BATALLA DE MUKDEN

En este mapa están indicadas las posiciones que ocupaban los rusos y los japoneses al comienzo y á la mitad de la gran batalla de Mukden. Durante los últimos días de febrero, el centro del ejército ruso, á las órdenes de Bilderling, se mantenía en el Cha-Ho; su derecha, mandada por Kaulbars, se extendía hasta la aldea de Changtan; su izquierda, al mando de Linievitch, extendíase al Noroeste hasta más allá de Erdagau, en una región en extremo montañosa. La primera ofensiva comenzó por el ataque de la derecha japonesa contra Tring-ho-Cheng y el desfiladero de Taling; la posesión de este paso hizo que toda su atención se fijara en su ala izquierda, y en el entretanto, el general japonés Nogi realizaba un movimiento de flanco por Changtan y se apoderaba de la carretera de Simminting á Mukden, ocupando su caballería la primera de estas dos poblaciones. El día 6 de marzo, la derecha rusa vióse obligada á replegarse sobre el ferrocarril; el general Kuroki avanzó á lo largo de la carretera de Fushun, derrotando al general Linievitch en Erdagau, y mientras su extrema derecha se desplegaba por las montañas y se apoderaba de Yingpan, él avanzó hacia Fushun. El general Nogi enviaba considerables fuerzas para cruzar la línea férrea de Tieling. Entonces el centro ruso se vió en la necesidad de retirarse del Cha-Ho, y en su retirada fué atacado por las tropas de Nogi, que trataron de impedir el paso del enemigo hacia el ferrocarril, y por otras fuerzas japonesas que se habían situado en la línea de Ka-ma-ling á Liao-Ho-Tun.

progresos del enemigo en el opuesto extremo del campo de batalla hubo Kuropatkin de ordenar la retirada general, él se retiró con el mayor orden, haciendo frente continuamente á los japoneses.

Kuropatkin, sin embargo, continuará en la Manchuria. En efecto, dando un ejemplo de abnegación poco común, apenas se le comunicó el decreto imperial del 15 relativo á su destitución, pidió al tsar

didato no ha mandado nunca un ejército delante del enemigo y no ha tenido ocasión de demostrar sus cualidades militares; pero eminentes generales encomian su inteligencia y su decisión y hacen los mayores elogios de la lucidez y de la precisión con que en las grandes maniobras improvisa un juicio, siempre acertado, sobre las operaciones que acaba de presenciar. El gran duque se resistirá seguramente á

derrotado á su poderoso enemigo empujándolo hacia Tieling, haciéndole decenas de millares de prisioneros y causándole otras pérdidas graves.

»Con esta señalada victoria, nuestros ejércitos han realzado el prestigio militar del país en el interior y en el extranjero.

»Estoy profundamente satisfecho del valor y de la resistencia de que han dado pruebas los soldados y



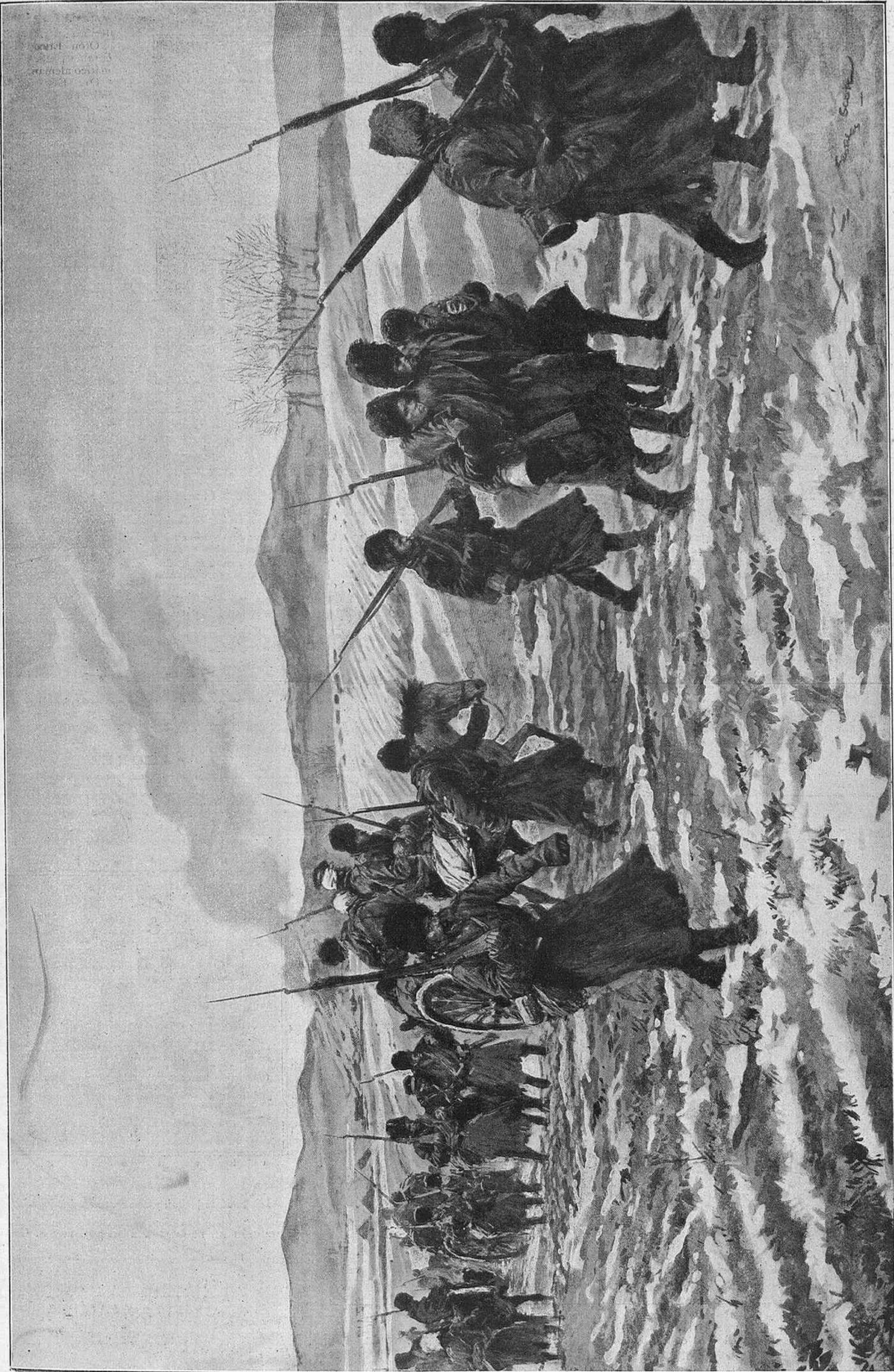
GUERRA RUSO-JAPONESA. - LA CALLE PRINCIPAL DE MUKDEN. (De fotografía.)

Mukden, la ciudad que los chinos consideran como sagrada por haber sido residencia de los antepasados de la dinastía imperante y por estar en sus inmediaciones el panteón de los antiguos emperadores, ha sido hasta hace poco ocupada por los rusos, que la tenían como una de sus principales bases de operaciones, y que han debido evacuarla después de la batalla de su nombre, habiéndose apoderado de ella los japoneses.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - PRISIONEROS JAPONESES CAPTURADOS EN SANDEPÚ, DESFILANDO POR LAS CALLES DE MUKDEN. (De fotografía.)

La batalla de Sandepú, en la que fueron hechos prisioneros los japoneses reproducidos en esta fotografía, se libró á fines de enero último, según oportunamente referimos en una de las crónicas de la guerra. Fué, como recordarán nuestros lectores, aquella que empeñó el general Gripenberg, contrariando las órdenes de Kuropatkine, y que, después de muchos y encarnizados combates, terminó con la retirada de los rusos, por mandato del generalísimo y contra los deseos de Gripenberg, quien, á consecuencia de ello, fué llamado á Rusia.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Evacuación de los heridos rusos hacia los hospitales de Mukden después de un combate en las avanzadas.

(Dibujo de Scott, hecho sobre una fotografía.)

Aun cuando las grandes batallas han sido relativamente pocas en la actual guerra, los combates entre las avanzadas de ambos ejércitos beligerantes puede decirse que no se han interrumpido un solo día en el transcurso de algunos meses. El número incalculable de estos combates y lo encarnizado de aquellas batallas han hecho que la cifra de las bajas haya alcanzado aterradoras proporciones. Los heridos rusos eran trasladados á Mukden, mientras esta ciudad perteneció á los rusos, y aun cuando había allí muchos y muy espantosos hospitales capaces para muchos millares de hombres, y aun fué preciso, en varias ocasiones, habilitar otros locales para albergar á los que ya no cabían en aquéllos.

los oficiales, y esperamos aún mayores hazañas para lo porvenir.»

Según telegramas de Mukden, el mariscal Oyama hizo el día 15 su entrada en aquella ciudad rodeado de todo su estado mayor. Las autoridades chinas salieron a recibir al generalísimo japonés y millares de japoneses llenaban las calles para presenciar la ceremonia. Los edificios públicos y muchas casas particulares ostentaban banderas japonesas.

Reina, al parecer, gran actividad en Vladivostok, en donde se construyen nuevas fortificaciones y se refuerzan las antiguas. De continuo llegan allí nuevas tropas, y la guarnición se compone actualmente de 40.000 hombres. La línea entre Vladivostok y Kharbine está muy vigilada, y en todo su trayecto hay apostados importantes destacamentos. Recientemente se han recibido en aquella plaza, procedentes de Rusia, varios submarinos que han sido conducidos en vagones hechos expresamente para dicho objeto. El crucero *Gromoboi* está en los docks; en el *Bogatyr* se efectúan reparaciones y el *Rossia* sale de cuando en cuando para inspeccionar el mar.—

el primer trío en mi bemo mayor y el segundo trío en sol mayor para violín, viola y violoncelo, conquistando muchos aplausos. Felicitamos a la asociación, por este nuevo esfuerzo en pro de la buena música, cuya propagación tanto ha fomentado con sus inteligentes é incesantes trabajos, y la felici-

inspiración y admirablemente instrumentados. En su ejecución sobresalieron la Srta. Farrar, tiple norteamericana que consiguió un triunfo como cantante y como artista, y los señores Rousselier y Renaud. La ópera ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad.



ESTADOS UNIDOS. — EL PRESIDENTE ROOSEWELT SALIENDO DEL CAPITOLIO DE WASHINGTON DESPUÉS DEL ACTO INAUGURAL DEL NUEVO PERÍODO DE SU PRESIDENCIA. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Al tomar posesión por segunda vez del cargo de Presidente de la República Mr. Roosevelt, ratificó en su mensaje en las ideas imperialistas que constituyeron ya el programa de su primera presidencia y por virtud del cual el pueblo yanqui, abandonando su política tradicional, se lanzó por unos derroteros que si pueden proporcionarle una historia más aparatosa, también pueden dar al traste con la prosperidad de que hasta ahora ha disfrutado. La fotografía que reproducimos representa a Mr. Roosevelt en el momento de salir del Capitolio de Washington: va en el coche tirado por cuatro caballos y saluda a la multitud que en apretadas filas contempla el paso de la comitiva; acompañándole sus *rough-riders*, esa caballería al frente de la cual el hoy presidente tomó parte en la guerra que con los Estados Unidos sostuvo España en la Isla de Cuba.

**Neurología.**—Han fallecido:

Otón Erico Hartleben, notable poeta y autor dramático alemán.

Dr. Eduardo Richter, eminente geógrafo austriaco, profesor de Geografía de la Universidad de Graz, autor de varias importantes obras.

Alberto Rieger, paisista y marinista austriaco.

Hernán Werner, pintor de género alemán, uno de los más antiguos miembros de la Asociación de Artistas de Düsseldorf.

Pablo Henry, astrónomo de París, encargado de continuar el mapa celeste de Chacornac después de la muerte de éste, descubridor de varios pequeños planetas y cometas.

Félix Jennewein, pintor tcheque, profesor del Instituto Tcheque de Brunn.

Monseñor Langenieux, cardenal francés, arzobispo de Reims desde 1875.

Dr. Alberto de Keinach, geólogo y paleontólogo alemán.

Dr. Julio Scriba, cirujano alemán, profesor hace veinte años de la Universidad de Tokio, á quien corresponde el mérito de haber implantado en el Japón la ciencia médica alemana.

Valentín Ruths, notable pintor alemán cuyos cuadros figuran en los principales museos de Alemania.

Rodolfo Siemering, escultor alemán, profesor y miembro del Senado de la Academia de Bellas Artes de Berlín, autor de importantes monumentos.

**MISCELÁNEA**

**Espectáculos.**—*París.*—Se han estrenado con buen éxito en el Palais Royal *La marche forcée*, vaudeville en tres actos de Jorge Berr y Marcos Sonal; y en Nouveautés *L'ange du foyer*, comedia en tres actos de G. A. Caillavet y Roberto de Fleers.

tamos además por el buen acuerdo de dar á conocer las obras de los grandes maestros agrupadas en series de composiciones de un mismo género y expuestas por el orden cronológico en que fueron escritas.

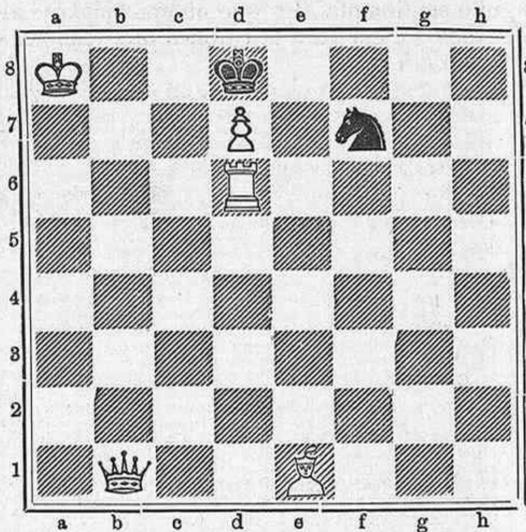
— En el teatro de Monte Carlo se ha estrenado con gran éxito *Amica*, poema dramático en dos actos, texto de Pablo Berel, música de Pedro Mascagni, que ha sido muy elogiada por los críticos, los cuales la conceptúan como la mejor obra

**FLEUR D'ALIZE** Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, 84 ITALIENS, PARIS.

**AJEDREZ**

PROBLEMA NÚMERO 380, POR O. BLUMENTHAL.

NEGRAS (2 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

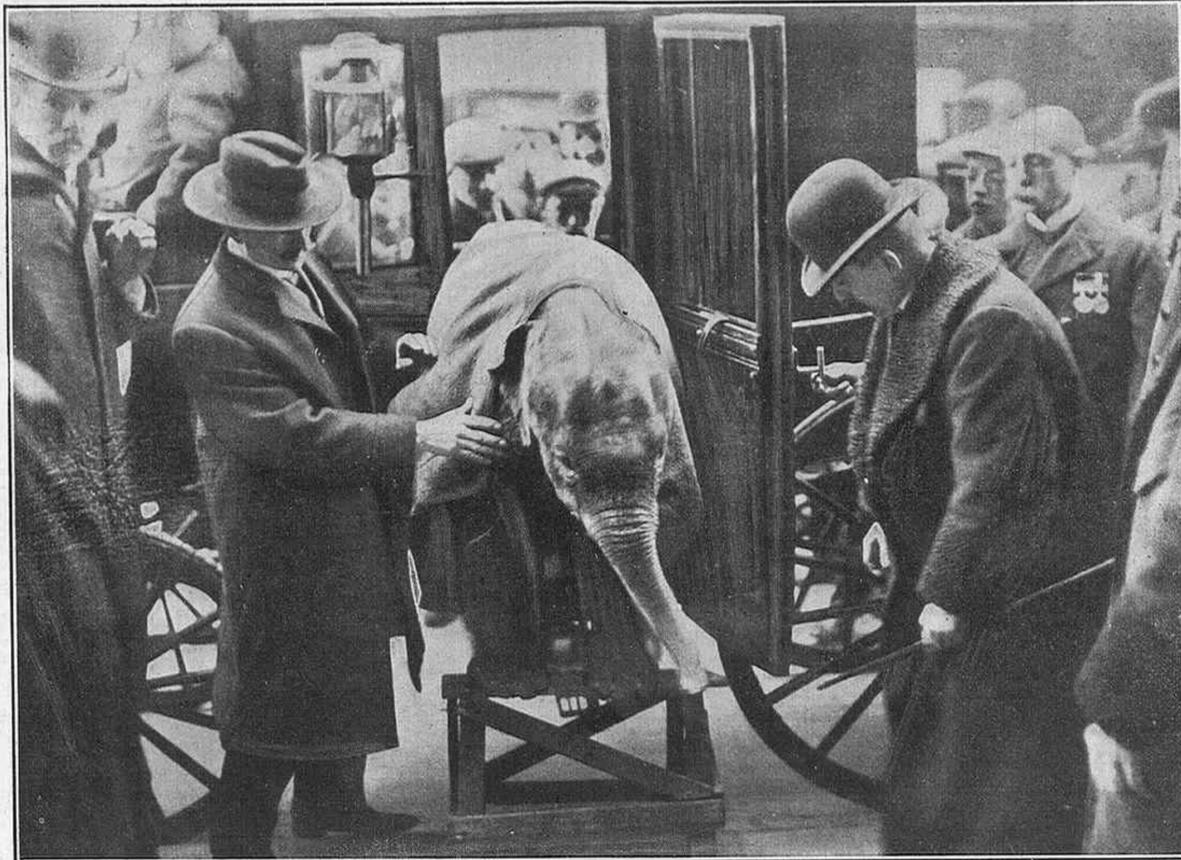
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 379, POR S. GOLD.

- |                                |                |
|--------------------------------|----------------|
| Blancas.                       | Negras.        |
| 1. Th8-d8                      | 1. Re4-d5      |
| 2. Df6xe6 jaque                | 2. Rd5xe6      |
| 3. Ae2-c4 jaque                | 3. d7-d5 ó Re7 |
| 4. e5xd6 (al paso) ó Af6 mate. |                |

**VARIANTES.**

- 2..... Otra jug.<sup>a</sup>; 3. De6-c4 mate.  
 1. Re4-d4; 2. Df6xe6, Rd4-c3; 3. De5-a2, etc.  
 2..... b6-b5; 3. De6-c6, etc.  
 2..... d7-d5; 3. fe5xd6 (al paso) jaq. etc.  
 2..... Otra jug.<sup>a</sup>; 3. De6-c4 mate.  
 1. d7-d5; 2. e5xd6, etc.  
 1. Otra jug.<sup>a</sup>; 2. Td8xd7, etc.



EL ELEFANTE MÁS PEQUEÑO DEL MUNDO: tiene 12 meses de edad, mide 85 centímetros de altura, y nació en Birmania. Ha llegado recientemente á Londres para ser exhibido en el Circo Italiano. Viaja en coche, según puede verse en la fotografía que reproducimos, y por este detalle puede cemprenderse la pequeñez de su estatura. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

*Barcelona.*—La «Associació Wagneriana» ha comenzado la tercera serie de audiciones de obras de Beethoven, que comprenderá cinco tríos y cinco sonatas. En la primera audición, los Sres. Munner, Esteva y Dini interpretaron con gran acierto

de cuantas ha compuesto su autor después de *Cavalleria rusticana* y una de las mejores que ha producido el arte italiano en estos últimos años. El argumento es altamente dramático, y la música abunda en deliciosas melodías y en temas de alta



Vió que su marido tenía en la mano el papel en que Juana había empezado á escribir

## UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

La señora de Darrás había sido agitada por toda clase de sentimientos mientras oía aquellas frases que la humillaban en su segundo matrimonio, tan seriamente contraído y en el que había concentrado su orgullo sentimental. Lo que no era más que idea para el teólogo, era para la católica una realidad viviente y sangrienta.

Aquel lenguaje casi científico, en el que se transparentaban el profesor y el apologista, la había impresionado profundamente al recordarle innumerables conversaciones sostenidas por su marido delante de ella, y ese recuerdo del hombre cuyo nombre llevaba había sido una molestia más en aquel momento.

Su marido se hubiera quedado cruelmente sorprendido si la hubiera visto en conversación con aquel sacerdote, escuchando sin protesta tales máximas y sufriendo una influencia tan contraria á la unidad moral de su matrimonio. Él mismo la había ponderado la superioridad de entendimiento del padre Euvrard, sin sospechar que aquellos elogios dirigidos al matemático contribuirían á aumentar su autoridad sobre una mujer que nunca había apoyado sus necesidades religiosas más que en razones sentimentales.

Por primera vez, un sabio se las sugería intelectuales. Al mismo tiempo, ciertos términos escapados al religioso como «degenerados» y «desperdicios» la habían ofendido y casi indignado.

Pero entre todas estas emociones sólo una dominaba cuando el sacerdote acabó su discurso. Conducido por el rigor de su doctrina, acababa de expresar el pronóstico más capaz de alterar aquel corazón inquieto en el que empezaban á germinar secretos é invencibles remordimientos. Hacía mucho tiempo que la señora de Darrás estaba preocupada por el temor de una espiciación suspendida sobre aquellos doce años de una felicidad que ya no se atrevía á considerar como legítima, y esa aprensión constante entraba por mucho en su apasionado deseo de reconciliarse con la Iglesia bajo los auspicios de su hija.

Cuando su interlocutor aludió á las pruebas que su marido y ella podían haber sufrido, la señora de

Darrás se estremeció, pues la casualidad había querido que una de las desgracias mencionadas por el sacerdote fuese la que ella temía más, á causa de justificados indicios.

El relato al que esta escena sirve de prólogo no es más que el detalle de esa desgracia.

Aquel acuerdo entre su secreta ansiedad y las palabras del padre Euvrard le había producido una sensación demasiado viva de advertencia profética para que conservase fuerza para discutir. ¿Para qué además, puesto que tenía una respuesta á su petición que no dejaba ninguna esperanza?

—No puedo razonar contra usted, padre, acabó por decir. No soy más que una ignorante. He venido á implorar de su caridad de sacerdote una gracia que usted me niega. Su decisión me parece dura, pero la acato. La ha apoyado usted en motivos que se imponían á mi inteligencia sin dejar de desgarrarme el alma... Otra vez podré, acaso, formular objeciones que ahora no veo con la inteligencia aunque las sienta con el corazón. Me ha dicho usted que soy una excepción en el divorcio, y esto prueba que á sus ojos no son iguales todas las mujeres que se casan por segunda vez. También debe de haber grados en el rompimiento con la Iglesia. ¿No hay un término medio entre el abandono de mi hogar, que usted me ordena, y la incredulidad total en que he vivido tanto tiempo? Lo que yo quisiera, padre, es que, antes de despedirme, diese usted alguna solución práctica á nuestra conversación.

—Yo no he ordenado á usted que abandone su hogar, rectificó Euvrard, por lo menos en este momento. Si usted quisiera hacerlo, le aconsejaría que reflexionase. Esto prueba que no se sale tan fácilmente de ciertos caminos. Tiene usted una hija cuya educación religiosa se comprometería si usted dejase su casa. ¿Dónde está la obligación más profunda? No echaré sobre mí el zanjarse esa dificultad. He dicho que los sacramentos le estaban á usted prohibidos en sus condiciones actuales de existencia... Pero es muy cierto, sin embargo, que esas condiciones, por falsas que sean, llevan consigo deberes. El cumplir-

los es meritorio en cierto sentido. Lo es que no haya usted olvidado en el segundo matrimonio sus obligaciones para con su hijo. Lo será que ofrezca usted á Dios las penas que resulten del segundo matrimonio, como, por ejemplo, la de ver que otras madres van á la santa mesa y usted no. Puede usted hacer méritos, en el mismo sentido, por la observancia rigurosa de ciertos preceptos de la Iglesia, como las vigiliyas y los ayunos. He comprendido que su marido de usted está mucho más lejano de la religión... Sería en usted muy meritorio, sobre todo, que lograse traerle...

—¡No me pida usted eso, padre!, exclamó la señora de Darrás, cuyas facciones se habían descompuesto.

Y repitió:

—¡No me lo pida usted! Para hacer méritos, como usted dice, no me costará trabajo nada del programa que acaba de trazarme; pero no podría hablar de cuestiones religiosas á mi marido ni mostrarle mi verdadero modo de pensar. Hágase usted cargo, padre; ni siquiera sospecha mis tormentos respecto de la primera comunión de nuestra hija. ¡He tenido tanto cuidado en ocultárselos! Le harían sufrir mucho.

—Ha consentido, sin embargo, en que su hija fuese bautizada, dijo Euvrard.

—Puse la condición para nuestro casamiento de que los hijos serían católicos, y él ha cumplido su palabra. Es un hombre honrado. ¡Pero con qué repugnancia hacia lo que él considera como una miserable superstición! Él, que se ocupa en los menores detalles cuando se trata de la niña, me ve llevarla á misa y al catecismo sin hacerme ninguna pregunta. Esa parte de la vida de su hija no existe para él. Está persuadido de que cedo á un prejuicio sentimental al educarla de ese modo y se lo perdona á la debilidad femenina. Me ama y cree que en el fondo de mi conciencia estoy en comunidad de ideas con él... No, nunca tendré el valor de decirle que ya no es así...

—Entonces, dijo el sacerdote con un poco de vacilación, ¿no le ha dicho usted que venía á mi casa?..

—¡Oh, no!.., respondió la señora de Darrás con acento de terror.

—¿Y no piensa usted contarle esta visita al volver á casa?

—¡No!

—Será preciso, con todo, que se le cuente usted... Sí, es necesario, primero por la propia dignidad de usted, que no puede haber dado un paso tan grave y callárselo á ese hombre, que es el padre de su hija y bajo cuyo techo vive usted. Eso sería una mentira por omisión, enteramente contraria al programa que acabamos de formar... Es preciso, por mí también. No querrá usted que yo me haya prestado á una visita clandestina. Me ha dicho usted que en su casa se sabe mi nombre y que se le pronuncia con simpatía, y eso hará que se encuentre menos extraordinario el paso que acaba usted de dar. Y aprovechará usted esta ocasión para que cese su silencio, que es muy culpable. El apóstol lo ha dicho: *Hay que creer de corazón para obtener justicia, y confesar con la boca lo que se cree, para obtener la salvación.*

—No, dijo por tercera vez la señora de Darrás moviendo la cabeza y en tono de súplica. Usted mismo ha comprendido que no puedo dejar á mi marido, aunque no sea más que á causa de mi hija. Hacerle conocer la crisis que estoy sufriendo sería irritarle y exponerme á que se opusiera á la devoción de la niña en el porvenir, una vez hecha la primera comunión. No se ha comprometido á dejar que sea piadosa, y yo misma tendría miedo, por mi propia fe, de ciertas discusiones. Las hubiera afrontado apoyada en los sacramentos, pero sin ellos y con una vida religiosa tan incompleta y mutilada, no tendré la fuerza suficiente.

—Tómese usted el tiempo que sea necesario, respondió el padre Euvrard, pero tenga la firme voluntad de llegar á una explicación que no deje al padre de su hija duda alguna sobre el estado moral de usted. Ese es su estricto deber, aun desde el punto de vista humano.

—Pido á usted que me deje reflexionar sobre todo esto, padre, dijo la señora levantándose y casi temblando. Usted me autoriza á volver, ¿verdad? Aunque nuestra conversación no haya correspondido á mis esperanzas, me ha aliviado de un peso muy grande, de ese silencio, que me ahogaba...

—Tendré siempre gusto de ver á usted, respondió el religioso, á quien esa tímida pregunta había turbado visiblemente; pero ya he dicho que no puedo prestarme á visitas clandestinas. Vuelva usted cuando se sepa en su casa.

—¿Y de aquí á entonces?..

—De aquí á entonces rezaré para que haya usted empezado á cumplir su deber de franqueza en la medida de la prudencia.

—Adiós, entonces, padre. Quedo á usted muy agradecida por haberme dedicado un tiempo cuyo valor conozco...

Dijo estas palabras con la voz sorda de una mujer que se contiene para no romper á llorar, y esa emoción ganó al sacerdote, que trató de corregir la dureza de su última respuesta diciendo:

—Adiós, no; hasta la vista, hija mía, y hasta muy pronto.

—Adiós... repitió la señora de Darrás, y empezó á bajar sin volver la cabeza la estrecha escalera.

El padre Euvrard se quedó un segundo en la puerta como si se preparase á llamarla; pero la reflexión pudo más que el sentimiento, y volvió á entrar solo en el asilo de ciencia al que la visitante había ido á revelar, sin decir su nombre, un drama íntimo de conmovedora intensidad.

En vano el encerado le invitó ya á sumirse de nuevo en la serena atmósfera de las especulaciones matemáticas. Su mente estaba siguiendo á la desconocida al entrar en su casa y al reunirse con su marido, al que era tan adicta y al que tenía tanto miedo.

¿Por qué? Aquel hombre estaba, sin duda, poseído de ese odio á la Iglesia tan singular, y, sin embargo, tan frecuente, en una época de amplia cultura intelectual. El religioso, víctima también de ese odio, vió de repente la unidad profunda que solidariza los destinos más diferentes en una misma patria.

El choque que tenía que producirse entre aquel marido y aquella mujer no era más que un episodio del duelo que se está realizando en la Francia actual entre dos formas de pensamiento, dos civilizaciones, dos mundos. Era un episodio privado de una gran guerra religiosa.

Y esta visión se hizo tan intensa en aquella cabeza de matemático, acostumbrado á representar largas filas de ideas en la abreviatura de las fórmulas, que la palabra que pronunció interiormente para resumir su impresión, no fué como al principio: «¡Pobre mujer!», sino «¡Pobre país!», y durante unos momentos el yeso tembló entre sus dedos.

## II

## UN PADRASTRO

Más hubiera temblado aquella venerable mano si la doble vista del sabio y del creyente hubiera sido todavía más perspicaz. Su piedad se hubiera conmovido más profundamente al observar que la divergencia religiosa del marido y la mujer no era más que uno de los elementos del desastre que amenazaba á aquel hogar fundado en falso. Su teoría de la vida, que le enseñaba, bajo el aparente azar de los sucesos, una matemática secreta de equitativo reparto, se hubiera fortificado grandemente.

Aquella pareja atravesaba, en efecto, una crisis, por muchas razones que iremos descubriendo. Podemos decir desde luego que todas provenían del funesto principio del divorcio ó estaban multiplicadas por él. La señora de Darrás no veía más que la discordancia religiosa, pero no debía terminarse aquella tarde sin ponerla en presencia de otro peligro que estaba previendo hacía meses de un modo vago.

Todos sabemos cuánta verdad encierra el proverbio en que el pueblo ha condensado sus experiencias: «Bien vengas, mal, si vienes solo.» Cuando se trata de nosotros, por una extraña ilusión, consideramos, por el contrario, que una gran pena es una garantía contra otras, como si la suerte no tuviera para cada individuo más que una suma fija de rigor.

Pero no es así. La naturaleza, siempre una bajo la variedad de sus fenómenos, emplea procedimientos iguales en el orden moral y en el orden físico. Cuando una enfermedad no resulta de un accidente, sino de esa disposición general que constituye una diátesis, sus síntomas se manifiestan, no en un punto del organismo, sino en varios. Lo mismo sucede con la desgracia cuando depende, no de tal ó cual circunstancia, sino de un estado. La desdicha, entonces, se ingenia para herirnos en las manifestaciones más diversas de nuestra persona. Las miserias menudean y se suceden, una contrariedad sigue á otra, ninguna empresa nos sale bien, todas las hipótesis hostiles se realizan, y hablamos entonces de mala suerte y de fatalidad.

Miremos el hecho con más atención y reconocemos una causa constante de esos sucesos repetidos; el desconocimiento también repetido de alguna gran ley. ¡Pero cuántas rebeliones antes de aceptar esta enseñanza! ¡Cuántos esfuerzos para convencerlos, bajo la inminencia de ciertos golpes, de que no merecemos ser heridos por ellos y de que nuestra deuda de lágrimas está pagada!

Este extraño prejuicio sostenía á la señora de Darrás hacía meses y le permitía mirar sin gran temor ciertos puntos negros aparecidos en el horizonte de su destino. Sintiendo amenazada, se obstinaba en demostrarse que de esas amenazas de expiación sólo se realizarían las que la hiriesen á ella sola. ¡Fragil seguridad! La prueba estaba en su terror cuando el padre Euvrard enumeraba las catástrofes de los divorciados.

Otro testimonio era lo que ella misma pensaba al salir de aquella conversación. La decepción de su primer propósito fallido ocupaba menos lugar que los temores suscitados ó renovados en ella por una de las alusiones del sacerdote que había tocado en lo vivo de sus miedos secretos.

Al encontrarse en la acera de la calle Servandoni pudo covencerse de una ojeada de que nadie espía su salida de aquella casa. Cinco minutos después estaba en la calle de Vaugirard y por el jardín del Luxemburgo llegaba á la calle de este nombre, en la que ella habitaba. Tranquila respecto de cualquier indiscreción, andaba despacio por los paseos y daba rienda suelta al pensamiento. La conversación que acababa de tener se prolongaba en su mente y seguía discutiendo con el padre Euvrard como si la ascética silueta del religioso caminase á su lado.

—¿Hasta la vista? Sí, esto ha dicho... habíase repetido la señora de Darrás en cuanto salió de casa del padre Euvrard. Y aquellas palabras habían ido acompañadas, como se recordará, de estas otras: «Hija mía...» que emocionaron profundamente á la dama de quien en tales términos se despedía. No se hubiera expresado de otro modo si la hubiese admitido á la confesión que ella esperaba quiméricamente.

La señora de Darrás se repetía aquellas palabras como una cuestión que no admitía duda en su pensamiento. «No, no, no le volveré á ver... Nunca hablaré á Alberto de esta visita. Jamás... No podría soportar su mirada mientras me oyese. Hemos almorzado juntos esta mañana y me ha preguntado mis proyectos para el día con tanta confianza como cariño; y yo he callado este paso que tenía ya deci-

dido. Le conozco: si lo supiera, no me haría ningún reproche... ¡Pero qué sombra en su cara! ¡Qué pena en su corazón!.. No; el mismo padre Euvrard me hubiera prohibido hablar si yo hubiera tenido derecho á decirselo todo. Porque, en fin, ¿qué es lo que me ha dicho? Que podía hacer méritos, aun fuera de la Iglesia, cumpliendo con mis deberes. El de madre lo tengo lo mismo con mi hijo que con mi hija, y mi deber con mi hijo consiste en este momento en evitar todo lo que pueda disminuir mi imperio sobre mi marido... El padre Euvrard comprende, sin embargo, que situaciones como la mía, dan lugar á grandes dificultades. Cuando habló de choques terribles entre padrastro é hijastro, me hizo daño, pues vi á Alberto y á Luciano el uno enfrente del otro odiándose...»

Aquella evocación de los dos hombres en actitud de luchar respondía en la esposa y en la madre á tantos presentimientos y á tantas observaciones, que la infeliz la rechazó con una tensión de todo su ser que le hizo andar más de prisa, como para huir. Cerró los ojos y se repitió: «No, no sucederá; Dios no permitirá que suceda. ¡Me castiga ya tanto apartándome de él! ¡El día de la primera comunión de Juana será tan duro, cuando debía ser tan dulce!.. Aceptaré ese sufrimiento y le ofreceré, como me ha dicho ese sacerdote. Yo solamente seré herida, pero no ellos, no ellos; sería demasiado cruel. ¡Qué suplicio el pensar solamente que se quisieran menos, como me ha sucedido tantas veces este año! Y no eran más que aprensiones... Es extraño cómo nos sentimos tentados á creer verdaderos los sucesos que tememos. Una sola frase del religioso ha bastado para hacerme caer de nuevo en la angustia de esos temores. Si él los hubiera sabido, ¿no me hubiera aconsejado hacerlo todo para que Alberto y Luciano no cesen nunca de quererse en mí, en el caso en que debieran estar un día profundamente divididos?.. ¡Divididos! ¡Qué quimera!.. ¿En qué han de estarlo? Piensan lo mismo en todo, en religión, en política... He dejado á Alberto educar á ese niño según sus ideas. ¿Podía hacer otra cosa? ¿He sido culpable? Yo también pensaba como ellos ó lo creía sinceramente, bien lo sabe Dios. Bastante desgraciada soy ya al no poder obtener lo que otras mujeres que han pecado más que yo. Pero no quiero discutir más. Voy á obedecer al padre Euvrard aceptando esta pena y ofreciéndosela á Dios para no tener otras peores... ¡Cuando pienso, sin embargo, en que hay familias que no tienen más que una fe y en las que padres é hijos rezan juntos y van juntos á la iglesia!.. Yo debo callar á mi marido esta visita inocente, y si ahora dijese á mi hijo de dónde vengo, ni siquiera me comprendería... Cuando Juana vea á las otras madres comulgar y no á la suya, tendré que inventar una mentira para que su alma no se turbe... ¡Ah! El padre Euvrard tiene razón; ¡qué desdichas!..»

Estos pensamientos no eran más que el residuo depositado en la conciencia por tan numerosas impresiones, y tan pequeñas, que la señora de Darrás no hubiera podido decir, por ejemplo, cuándo se le habían ocurrido aquellas dudas, que ella calificaba de aprensiones, sobre el buen acuerdo de su marido y de su hijo, como no sabía tampoco la fecha exacta en que habían revivido en ella, al calor de la piedad de su hija, las creencias de su juventud. En aquellas pocas ideas se reunían y juntaban demasiados detalles de su existencia íntima, y de tal modo se había absorbido en ella, que no sabía exactamente dónde estaba. Se había paseado por el jardín sin casi darse de ello cuenta, y del mismo modo abandonó aquel sitio, y al encontrarse en la calle del Luxemburgo, delante de su casa, sintió una sorpresa como la que se experimenta al despertar de una pesadilla. Aquella casa, ¿no era como la representación viviente de los años felices de su vida?

Alberto Darrás había hecho edificar aquel hotelito en la época de su casamiento y con arreglo á planos convenidos entre los dos. En el apasionado deseo que él tenía de borrar todo lo del pasado de la joven, y ella de asegurar á su segundo hogar un carácter más definitivo, quisieron una morada que no hubiese pertenecido más que á ellos y de la que no se irían hasta la muerte.

Habían escogido un barrio lo más lejano posible de los Campos Elíseos, donde ella vivió en otro tiempo. Gabriela había comprendido que su nueva boda suponía un rompimiento absoluto con su antigua sociedad, y se había propuesto una vida de retiro que Darrás no quiso aceptar.

El laureado de la Escuela Politécnica, que no se había atrevido á pedir la mano de Gabriela siendo soltera, ocupaba ahora un puesto de ingeniero y consejero de uno de los Bancos más importantes de París, con veinte mil francos anuales de sueldo y una participación en los beneficios que le producía treinta

mil francos. Su futura tenía, por su parte, cuarenta mil francos de renta.

El matrimonio, pues, era bastante rico para figurar en todas partes, y Darrás había querido que así fuese.

El aspecto del hotel, con su puerta para carruajes y sus grandes ventanas de la planta baja, indicaba los proyectos de recepciones acariciados por el ingeniero.

Muy complejos sentimientos le impulsaban por esa vía, tan contraria á su carácter y á su educación enteramente profesional. Alberto Darrás estaba enamorado y orgulloso de la belleza de su mujer; este era uno de esos sentimientos. Otro era su fervor político. Profundamente adicto al partido que ocupaba el poder, deseaba que su mujer y él desempeñasen su papel en el mundo republicano.

Sabido es que de treinta años á esta parte se ha formado de este modo en París una sociedad de gentes de la clase media rica y de altos funcionarios, á la cual se han echado en cara las mismas costumbres frívolas, la misma afición á los placeres, los mismos hábitos de derroche que á la otra sociedad caracterizan; pero lo que se ignora es que entre esos jacobinos acomodados, los hay que han hecho ostentación de su lujo y han abierto sus salones ¡por deber! Naturalmente que sólo se trata de individuos cándidos del más corrompido y deshonorado de los partidos, que han creído con ello dar al régimen los prestigios de un sistema arraigado. Darrás había sido uno de ellos, y lo había sido con tanto mayor gusto cuanto que de esta manera establecía una lucha secreta entre las dos clases á que su Gabriela había pertenecido: la magistratura, todavía conservadora—el padre de Gabriela murió siendo magistrado del Supremo—y la nobleza de raíces territoriales; pues el primer marido, cuyas brutalidades había contado la señora de Darrás al padre Euvrard, pertenecía á una buena familia del Rouergue, la de los condes de Chambault.

Estas influencias diversas se habían manifestado en Darrás, áspero temperamento de plebeyo, hijo de plebeyo, por un esfuerzo constante á fin de aumentar sin cesar su fortuna, para que creciese el lujo de Gabriela.

Esa incansable abnegación, pródiga en mimos y ardientemente tierna, aparecía en la mente de la que había sido constante objeto de la misma cuando se encontró delante de su casa. Y sus emociones de esposa pasaron de pronto á la primera fila de su sensibilidad, produciéndose en su alma un movimiento de reacción hacia aquella intimidad de la cual había renegado con su visita al padre Euvrard y con las meditaciones que á ésta siguieron, y volviendo á ser la mujer que momentos antes se rebelaba, en nombre de la felicidad conyugal, contra la inflexibilidad de la ley católica, se dijo:

—No, no es posible. Dios no sería Dios si nos condenase á Alberto y á mí por habernos amado como lo hemos hecho... Acabo de sufrir una pesadilla. No veré más á ese sacerdote que, con sus maneras dulces y su aspecto de bondad, es peor que el otro. Si la Iglesia fuese lo que ellos le hacen ser, no sería la del Evangelio. No, yo no he hecho nada malo. No, este amor tan leal y tan fiel no está maldito. Quiero encerrarme en él y vivir en él de nuevo por completo. Quiero que él me baste como desde hace tanto tiempo. Lo quiero...

No había acabado de pronunciar estas palabras de firmeza, cuando una impresión del orden más humilde le probó cuán poco capaz era de fijar su sensibilidad enferma en una resolución estable. Le bastó ver en el vestíbulo el sombrero, los guantes y el gabán de su marido colocados en la mesa con el meticuloso cuidado que Darrás empleaba en todas sus acciones. Había salido éste después de almorzar, para ir á la oficina, de la que nunca volvía hasta las cinco. Y eran las tres y media.

En el tumulto de sus pensamientos contradictorios, Gabriela no había previsto que iba á encontrarse delante de Alberto, todavía vibrante de emociones que debía ocultarle á toda costa y sin haber tenido

tiempo para serenarse. No pensó en preguntarse la causa de aquella vuelta inesperada. La idea de que dentro de un minuto iba á encontrarse con él y á sufrir sus preguntas sobre el empleo de aquellas primeras horas de la tarde, la alteró de tal modo, que su voz temblaba al decir al criado:

—¿Hace mucho tiempo que el señor está en casa?  
—Diez minutos, señora.

«¿Me habrá visto salir de la calle de Servandoni?, pensó. Si se me hubiera acercado, ¿qué hubiera yo respondido? ¿Qué voy á decirle cuando vea mi tur-



El decorado de aquella habitación llena de libros...

bación? Si la ve, ¿cómo explicársela sin despertar su desconfianza? Leerá en mis ojos que miento...»

En aquel matrimonio de tan completa intimidad durante tantos años, había la costumbre de que el que volvía últimamente á casa fuese á ver al que había llegado primero. El primer piso del hotel, reservado para ellos dos, estaba dispuesto de tal modo, que casi necesariamente tenían que oírse ir y venir. Se componía de cinco piezas: una gran alcoba, un vasto tocador para ella, una habitación en la que él se vestía y dormía á veces en un canapé transformable en cama, un saloncillo y una biblioteca y cuarto de fumar, en la que él estaba casi siempre. La gran escalera, guarnecida de alfombras y de plantas, terminaba en una antecámara abierta, á la que salían las diferentes piezas.

Allí se detuvo Gabriela, cuyo corazón palpitaba apresuradamente... Alberto estaba allí, detrás de una de aquellas puertas, y acaso sabía su presencia por el ruido de la campanilla...

Al ver que la puerta no se abría, quiso aprovechar aquel respiro para que mediase un poco más de tiempo entre su emoción y la entrevista, y pensó en subir al segundo piso á dar un beso á su hija, que debía de estar estudiando.

La madre había obtenido de Alberto que no enviase á Juana á un liceo de señoritas y que la dejase trabajar en casa bajo la dirección de una institutriz. Un profesor de uno de los grandes colegios universitarios iba cada ocho días á poner en armonía sus estudios con los de la clase que debía ser la suya, y á esto se limitaba toda la ingerencia del librepensador en una educación abandonada á su mujer, pues así lo había prometido.

Era muy raro que entrase en la sala de estudio; así fué que Gabriela se quedó muy asombrada al llegar á la puerta y oír la voz de su marido. Creyendo aplazar el momento de verle, le había adelantado; pero el que estuviese al lado de su hija era tener desde el principio un asunto de conversación y evitar así la turbación de las primeras frases, cuyas revelaciones temía.

Además, surgió en ella una nueva inquietud que paralizó de pronto la otra. Recordó que era viernes, día de análisis para Juana, que debía resumir, pluma en mano, la lección de catecismo del día anterior. ¿Qué motivo habría tenido Alberto para ir á la sala de estudio precisamente aquel día?

Cuando entró sin llamar, vió que su marido tenía en la mano el papel en que Juana había empezado á escribir. La luz de la ancha ventana iluminaba igualmente las caras del padre y de la hija, inclinadas juntas, y la madre se quedó admirada de su semejanza, que no era siempre tan completa. La nerviosidad de la muchacha se conocía en que su movible fisonomía se había modelado instintivamente sobre la de su padre, tanta era la emoción que le producía su insólita presencia.

El ingeniero era un hombre de cuarenta y siete años; en otro tiempo moreno, como atestiguaba su bigote negro, mientras que el cabello estaba ya blanco. Los morenos pómulos de su perfil casi agudo; dejaban adivinar una osamenta fuerte, la de una raza de montañeses, y la llama sombría de sus ojos, así como la delgadez de la silueta y la tez mate, decían que aquellos montañeses eran del Mediodía. Aquel cuerpo esbelto, de finas extremidades, tenía algo de árabe. La familia de los Darrás es originaria de Sisterón, antigua plaza fuerte muy lejana del mar; pero la Provenza ha sufrido tantas invasiones sarracenas, que se encuentran por todas partes esos tipos á los que no falta más que el albornoz y el turbante para que aparezca el beduino en el hombre civilizado. Acaso el ardor fanático que hacía de la incredulidad de Alberto una religión al revés, provenía, como sus facciones, de ese antiguo atavismo. Acaso también había heredado las pasiones de algún antepasado que tomó parte en las guerras de la Liga, que fueron terribles en aquel apartado rincón de Francia. Semejantes hipótesis son tan aventuradas, que apenas se atreve uno á enunciarlas, pero dominan,

sin embargo, en las porciones inconscientes más profundas y más efectivas de nuestro ser.

Juana tenía esos mismos ojos ardientes y una cabellera negra de reflejos azulados. Una sangre del Norte, la de su madre, corría bajo su transparente cutis y, excitada por la timidez, tenía sus mejillas de una púrpura sonrosada.

El padre, con la fácil costumbre de un hombre de oficina, seguía con el dedo, línea por línea, la lección de la niña y hacía observaciones cuyo carácter hubiera debido tranquilizar á Gabriela, pues se referían á detalles de un orden material.

—Ten cuidado de no hacer las úes como las enes, decía, pues es imposible distinguirlas. Juzgue usted misma, *Fraulein*.

Y entregó el papel á otra persona que estaba en pie detrás de Juana y cuyos rasgos revelaban un origen germánico. La señorita Mina Schultze, tan intimidada como su discípula, respondió:

—Es que Juana escribe mucho en alemán, señor Darrás, y ya sabe usted cuánto se parecen nuestras enes á nuestras úes...

La entrada de Gabriela serenó al mismo tiempo la fisonomía de la pobre institutriz y la de la muchacha. El marido no pudo disimular cierta molestia. A aquel hombre tan leal como sectario le repugnaba el que pareciese que vigilaba una instrucción religiosa que se había comprometido á respetar. La frase con que acogió á su mujer fué como una protesta contra esa suposición.

—He subido á preguntar á Juana si sabía cuándo volverías...

(Continuará.)

## El comercio de fieras, por Haroldo J. Shepstone

En uno de los preciosos suburbios de Hamburgo se halla el mayor emporio mercantil del mundo de animales feroces. En realidad, es algo más que un simple depósito para la venta y cambio de fieras; es

á Hamburgo para allí comprarlos, sino que envía expedicionarios á los puntos convenientes para cogerlos, y tiene cinco depósitos en Asia, tres en Africa, varios en Europa y uno en América.

—Me proveo de leones, me dijo, de Nubia, Abisinia y Senegal. En la Nubia, que es de donde más leones me vienen, mis agentes emplean á los naturales en buscar las guaridas de dichos animales y averiguar cuándo estarán las leonas próximas á parir. Cuando esto sucede, van á la madriguera, matan con lanzas á la madre, y envueltos en mantas, se llevan los pequeños á su campamento, donde los crían con leche de cabras domésticas. Cuando ya tienen cinco ó seis semanas les dan pedazos de aves, y de ese modo los alimentan hasta que cumplen tres ó cuatro meses; entonces los trans-

visto en Europa. Desde entonces he logrado traer catorce más, que vendí á 300 libras esterlinas cada uno.

Hace cuatro años consiguió algunos tigres de Persia, que tienen una melena parecida á la del león, pero no tan larga; hace cinco llegaron á Hamburgo, desde el lago Baikal, dos tigres y otros dos del Turquestán ruso, que llamaron mucho la atención de los zoólogos, pues fueron los primeros de su especie traídos á Europa.

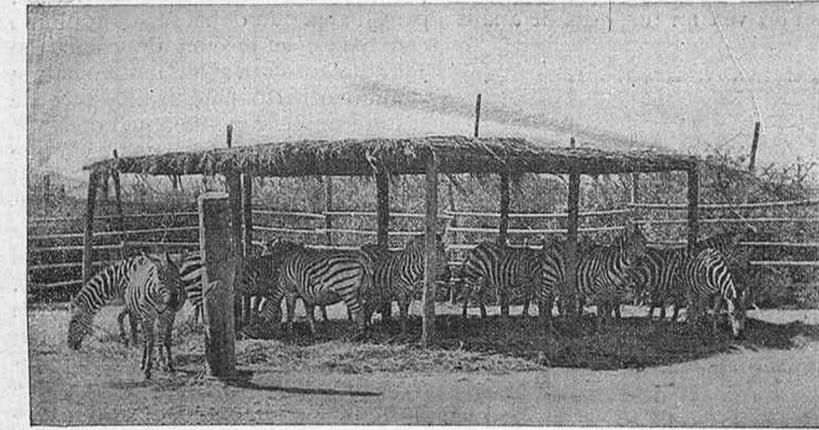
El coger animales salvajes y traerlos á Europa cuesta más trabajo y paciencia de lo que generalmente se cree. Cuando el viajero ruso Prejevalsky asombró á los naturalistas con la noticia de que había visto en los desiertos de Sungaria, en el Asia central, una nueva especie de caballos salvajes, M. Hagenbeck resolvió apoderarse de uno y organizó en el acto una expedición. Sus comisionados penetraron hasta el límite Norte del desierto de Gobi y tomaron á su servicio dos mil kirguis á caballo, y llevándose cincuenta yeguas paridas, penetraron en el desierto donde mora el caballo salvaje.

Después de una larga serie de emocionantes aventuras, consiguieron los comisionados apoderarse de cincuenta y dos potros de esa especie, que alimentaron las yeguas mansas que con ese objeto se llevaron en la expedición, y después de un conveniente intervalo de descanso, se emprendió el viaje de regreso. Tardó tres meses la caravana en llegar al ferrocarril siberiano y partir para Hamburgo, adonde sólo llegaron vivos 24 potros, muriendo en el camino los otros 28. La expedición duró cerca de año y medio y sus gastos ascendieron á cerca de 10.000 libras esterlinas. En cuanto llegaron fueron vendidos; doce compró el duque de Bedford y los otros se hallan en los grandes parques zoológicos. Hasta 500 libras esterlinas se pagaron por cada caballo.

Los animales que hoy más escasean son los elefantes de Africa, las jirafas, los hipopótamos y los rinocerontes. Desde el año 1880 sólo se han importado en Europa cinco elefantes africanos. De donde se importan muchos es de la India y especialmente de Ceylán. M. Hagenbeck vende de 50 á 60 cada año y valen de 250 á 400 libras esterlinas por cabeza. Tiene un empleado que no hace otra cosa que ir y venir de

Ceylán trayendo elefantes. Hace 30 años las jirafas abundaban, pero en los años comprendidos de 1880 á 1900 sólo se han traído á Europa tres. Lo mismo pasa con los hipopótamos y rinocerontes. Durante los últimos treinta años sólo pudo conseguir un rinoceronte de Africa, que vendió en Londres al célebre Barnum. En cambio las cebras abundan muchísimo, especialmente en algunas comarcas de Africa.

Teniendo en cuenta el gran número de animales que anualmente entran y salen del depósito de Hamburgo, son muy pocos los accidentes que ocurren. M. Hagenbeck está en relaciones con los parques zoológicos del universo, los que están siempre comprándole ó cambiando con él animales. También hace mucho negocio con la nobleza y gente rica de todos los países, vendiéndoles cier-



Cebras dispuestas para ser embarcadas con destino á Europa

de hecho una institución; un curso completo de lecciones objetivas de zoología. Allí no sólo se pueden comprar casi todos los animales que á uno se le ocurriera nombrar, sino que se puede aprender la manera de construir y entretejer un jardín zoológico digno del siglo XX; observar muchos animales nuevos, fruto del juicioso cruzamiento de distintas razas, y adquirir nociones de cómo pueden criarse y hacer que soporten los climas europeos los animales salvajes y los delicados pájaros tropicales.

Ese interesante depósito está dirigido por M. Carlos Hagenbeck, el rey reconocido de los importadores de fieras. El «Hagenbeck's Thierpark», como se llama ese parque ó depósito, está situado en Stellingen, á muy corta distancia de Hamburgo.

En la inmensa leonera había, cuando lo visité, 37 leones, 15 tigres y 4 mestizos de león y tigre, animales de una especie completamente nueva, y 26 más, entre jaguares, leopardos, leopardos de las nieves y panteras. En el departamento de los elefantes conté hasta 28 de esos gigantes animales, y en un cercado 4 jirafas. En los varios fosos para osos había más de 50 de ellos, contándose en ese número 30 osos polares y 13 japoneses. En una cuadra estaban 31 cebras y 9 mestizos de cebra y caballo. Puede también mencionarse un rebaño de 36 avestruces y además 10 emus, 3 rneas, 5 cassowaries, 16 kanguros de varias especies, 7 primitivos caballos salvajes (*Equus Prejevalsky*) y multitud de ciervos y aves acuáticas. Había aves de rapiña, desde el águila más grande, hasta el más pequeño cernícalo, tortugas gigantes de las islas Seychelles, que pesaban cada una más de 300 libras, y reptiles de 27 pies de largo.

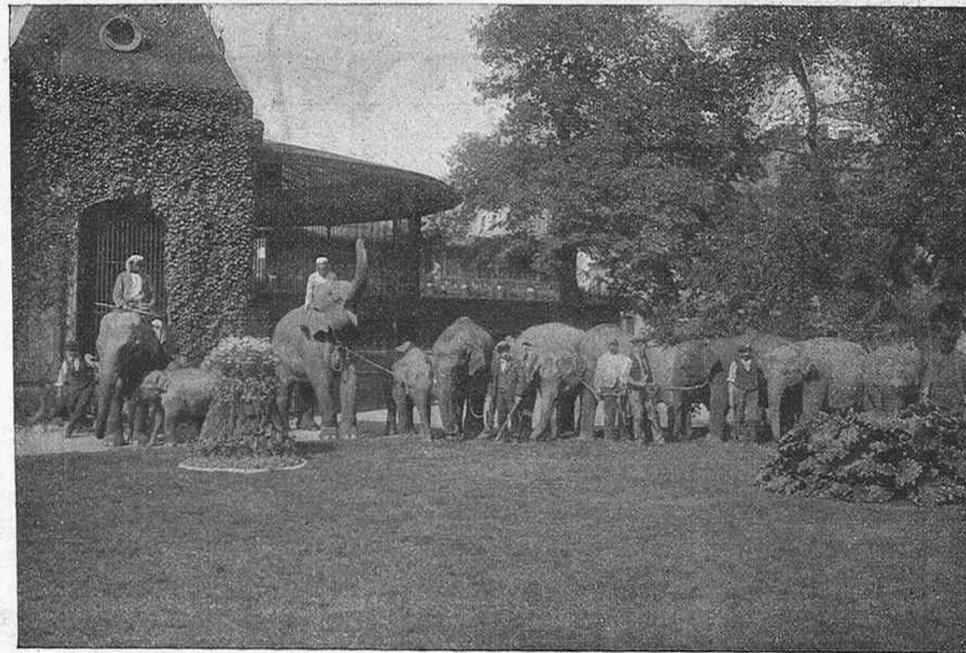
Que tiene bien merecido el título de rey de los traficantes en fieras, queda demostrado con decir que en un año solo vende más de 80, entre leones, tigres y leopardos; más de 50 osos de especies diferentes; 60 elefantes, 70 camellos y dromedarios y unos 750 monos, además de gran número de otros cuadrúpedos y aves destinados á todos los jardines zoológicos y establecimientos similares del mundo entero.

Su modo de proceder en el negocio es exclusivamente suyo. No aguarda á que los animales vengan

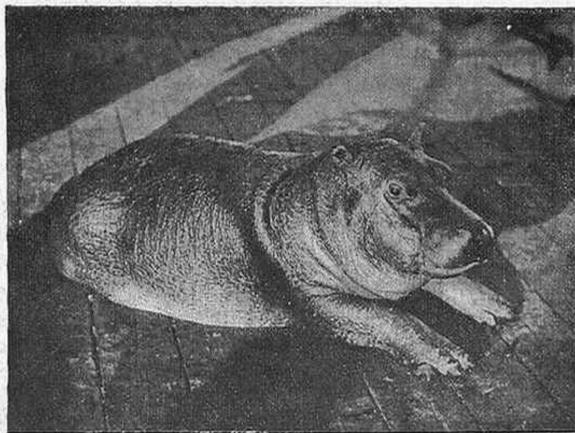
portan, en pequeñas cajas de madera y á lomo de camellos, á través del desierto hasta la costa, donde

los embarcan para Europa. Los leones más hermosos, continuó diciendo M. Hagenbeck, eran los que se cogían en las montañas del Atlas, en el Africa del Norte. Esa especie ya no existe, sólo quedan unos pocos. Importo tigres de varios lugares. En Bengala, mis agentes emplean, durante todo el año, un número considerable de naturales en su caza. Quitar los

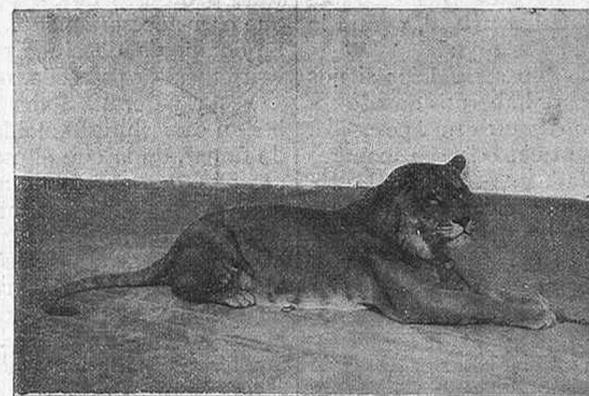
pequeños á las madres, que matan á tiros, y los crían con leche. También cogen con trampas los tigres grandes. Hay varias especies de tigres. La primera es la de los tigres grandes de Bengala que, atravesando las montañas y cruzando el Thibet, se extienden hasta la Siberia, en donde, durante el invierno, crían una lana espesa. Hace ocho años importé uno, que fué el primero de su especie que se había



Elefantes de la India en el parque de Hamburgo



Un hipopótamo recién nacido en un vapor



Un animal de especie enteramente nueva, mestizo de león y tigre

pequeños á las madres, que matan á tiros, y los crían con leche. También cogen con trampas los tigres grandes. Hay varias especies de tigres. La primera es la de los tigres grandes de Bengala que, atravesando las montañas y cruzando el Thibet, se extienden hasta la Siberia, en donde, durante el invierno, crían una lana espesa. Hace ocho años importé uno, que fué el primero de su especie que se había

vos y otros animales semejantes para sus parques. Su negocio puede dividirse en tres ramos: vender animales, construir en los parques zoológicos casetas á propósito para cada especie después de vendidos, y domesticar toda clase de fieras. Recientemente se ha dedicado á hacer algunas interesantes experiencias cruzando distintas especies de animales. Vi en Hamburgo algunos ejemplares del cruzamiento de

león y tigre, los que tienen el cuerpo del segundo y la cabeza del primero. También vi varios otros, producto de la unión del caballo y la cebrá: estos, últimos, en sentir de muchos, serán los mulos del siglo veinte.

También debemos mencionar sus experiencias para lograr la aclimatación de toda clase de cuadrúpedos y aves de los trópicos. El invierno pasado tuvo en su parque de Stellingén gran número de ellos de distintas especies, y aunque el termómetro llegó á marcar 10° bajo cero, con frecuencia los animales, casi sin excepción, lo pasaron perfectamente.

Viene, en fin, la parte educativa del establecimiento, á la que ha consagrado gran atención M. Hagenbeck estos últimos treinta años. Ha sido el primero que ideó enseñar reunidos á varios animales de diferentes especies á fin de que trabajaran juntos, y casi todos los domadores de leones de Europa y América han sido sus dependientes. Hoy en día tiene cuatro grandes agrupaciones de animales amaestrados, que se exhiben en diversos lugares. Estas agrupaciones, cada una de las cuales se compone de 16 ejemplares, leones, leopardos, osos y perros, quedan constituidas después de dos, tres y hasta cuatro años de paciente labor, y están apreciados en 10.000 libras esterlinas cada grupo.



Estanques y jaulas del parque de Stellingén

M. Hagenbeck embarcó para la exposición de San Luis un total de 680 animales, que es el cargamento mayor de esa clase que ha cruzado el Océano.

Pero como traficante y no como domador le gusta ser conocido á M. Hagenbeck. Puede reclamar el puesto del comerciante en animales salvajes más afortunado y en mayor escala del mundo entero. Se le considera también como una autoridad en todo lo

merciantes el respeto y admiración que Carlos Hagenbeck.

Personas reales de todas las naciones del mundo han visitado su establecimiento. Hace diez y seis años, el príncipe de Bismarck hizo un viaje para ver su extenso y variado parque de Stellingén, y estuvo hablando con él más de dos horas sobre sus diferentes animales.

cóncerniente á disponer y construir parques zoológicos, no sólo facilitando los animales, sino construyendo las casetas, fosos, estanques, montañas y paisajes. Puede decirse que si el terreno es á propósito, un pequeño parque zoológico se instala y se puebla con un número suficiente de animales por 10.000 libras esterlinas. En el de Stellingén hay casetas y jaulas modelos y muchos cercados únicos en el mundo, donde varias especies de animales vagan como si estuvieran en completa libertad. Están separados del terreno público por profundos fosos y otros ingeniosos medios, hábilmente ocultados por rocas artificiales y follaje.

Como tantos otros, M. Hagenbeck principió por poca cosa. Su padre, que comerciaba en pescado, fué el que en realidad dió principio á la obra, en 1848, modestamente con seis focas. A los veintidós años se hizo cargo del negocio su hijo, y pocos han alcanzado como co-

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Cura das por el Verdadero y Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de ex<sup>ta</sup>.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
 Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUCZE-ALBESPEYRES, 78, Faub<sup>s</sup> St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**ENFERMEDADES de la PIEL**

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**

**EL APIOL DE LOS DRES JORET-HOMOLLE**

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

**PILULES de BLANCARD**

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

EXIGIR LA SIGNATURA

APROBADAS por la Academia de Medicina

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

**CURACIÓN** cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los medicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias

**VINO NOURRY**

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

**ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO**

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

## GRUPO DE NIÑOS

escultura

DE MAX BLONDAT

Esta deliciosa escultura estuvo expuesta en el último Salón de París, y su autor, además de haber merecido los más entusiastas elogios de la crítica, fué recompensado con una medalla; con el premio nacional, al que va aneja una subvención de 10.000 francos, y con otro de 2.000 francos de la Academia de Bellas Artes.

Aparte de estas recompensas, Max Blondat ha recibido de la Asociación para el embellecimiento de Düsseldorf el encargo de ejecutar el grupo en mármol á fin de instalarlo como fuente en una de las principales plazas de aquella ciudad.

## LIBROS ENVIADOS

A

ESTA REDACCIÓN

MANUAL PRÁCTICO DE CONSTRUCCIÓN. — PRIMERA PARTE ALBAÑILERÍA, por H. Ternoux, traducida por D. E. M. Carlos Le Grand y Jabonin. — El carácter de este manual es eminentemente práctico; se aparta de otras obras técnicas, escritas con fórmulas científicas que no siempre resuelven pronto y fácilmente las consultas; en una palabra, está al alcance de todas las personas que se ocupan de



Grupo de niños, escultura de Max Blondat, premiada en el Salón de París de 1904 con una medalla de primera clase

construcciones y que en él pueden encontrar informes utilísimos. La primera parte se ocupa de la albañilería estudiando la materia desde la compra de los solares, hasta la terminación del edificio, y contiene numerosos grabados. Editado por P. Orrier en Madrid, se vende á tres pesetas.

BIBLIOTECA DE VETERINARIA, por J. Téllez y López. — Se han publicado los cuatro primeros tomos de esta biblioteca, en los cuales se da á conocer en forma concreta y abreviada cuanto hasta el día se sabe de Veterinaria. El primero es un *Manual de Higiene Química*; el segundo, un *Manual de Historia Natural*; el tercero, en el que ha colaborado el distinguido profesor D. Juan Rof, un *Manual de Histología normal, estética y dinámica*; el cuarto un *Manual de Anatomía descriptiva de los animales domésticos*. En todos estos manuales, su autor, el ilustrado catedrático de la Escuela de Santiago y Veterinario militar D. Juan Téllez y López, expone con gran claridad y competencia las materias á que cada uno se refiere, formando todos ellos un cuerpo de doctrina completo que ha de prestar valiosos servicios, así á los estudiantes como á los profesores. La obra ha sido editada por los señores Bailly-Baillière é Hijos, de Madrid, y cada tomo se vende encuadernado á tres pesetas.

# HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

## REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

### ASMA

CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas  
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA  
REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

## AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



## PECHO IDEAL

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las *Pildoras Orientales*

únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdieu, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; en Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.



## ZÔMOTERAPIA

EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)

PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la

TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA,  
la CLOROSIS, la ANEMIA,  
la CONVALESCENCIA, etc.

Tres cucharaditas de café de Zômol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN